

3er Concurso de cuento y narración oral
HISTORIAS EN YO MAYOR

3er Concurso de cuento y narración oral
Historias en Yo Mayor

Organiza:

Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451

En alianza con:

Instituto Distrital de las Artes
Magazín Dominical de El Espectador
Red de Bibliotecas de Colsubsidio
Red Departamental de Bibliotecas del Quindío
Secretaría de Familia de la Gobernación del Quindío
Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín
Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Cali

Antología, corrección de estilo y compilación:
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Jurados del Concurso:

Alejandra Borrero, Isaías Peña y Fernando Araújo

Diseño:

Diego Fernando Cornejo Suárez

© Varios autores.

ISBN 978-958-57084-4-0

Primera Edición, 2013

Impreso por ESCALA S.A.

Dirección Calle 30 No.17-52

Tel: 287 8200

Impreso y hecho en Colombia

Índice

Prólogo: Historias en Yo Mayor.....	9
Agradecimientos.....	11

Ganadores

Los cuentos de Valderrutén.....	15
Por: Jaime Octavio Campo	
Kafka (Julio de 1923).....	23
Por: Luis Carlos Vélez Barrios	
Perfume en el collar.....	25
Por: Beatriz Jeannethe Navas de Rico	

Menciones de honor

Los amantes del Portal Norte.....	29
Por: Mauricio Estrada Mesa	
Un hermoso y siniestro hongo.....	35
Por: Sonia Zamarriego de Paredes	
El tesoro.....	41
Por: Luis Fernando Betancur Rivera	
Un poco de fe.....	47
Por: Neverg Londoño Arias	

Yo Mayor en imágenes (Anexo)

Cuentos finalistas

De perros y gatos.....	57
Por: Mauricio Arango (Macario)	
El medio pollo.....	65
Por: José Humberto Gómez	
La esperanza frustrada.....	73
Por: Stella Vallejo de Arana	
Temblor en Yaburí.....	77
Por: Diego Tenorio Conde	
Abuela, no te vayas.....	85
Por: Bertha Nelly Correa	
De Gardel el Sombrero.....	89
Por: José Emilio Betancur Pérez	
Desalojo.....	93
Por: Auria Plaza Moreno	
El día de los finos.....	97
Por: Gustavo Valencia García	

Historias en Yo Mayor

“Necesitamos desesperadamente que nos cuenten historias. Tanto como el comer, porque nos ayudan a organizar la realidad e iluminan el caos de nuestras vidas”.

Paul Auster (1947)

Novelista y poeta estadounidense.

Por tercera ocasión consecutiva, tenemos el gusto de presentar a ustedes esta antología, en la cual recogemos las voces, relatos y testimonios orales y escritos de hombres y mujeres que, durante más de seis décadas, han sido protagonistas y testigos de muchos de los hechos que, sin duda, han definido la historia de nuestro tiempo.

Hoy podemos decir que *Historias en Yo Mayor*, se ha consolidado como un espacio para descubrir, difundir y reconocer las diferentes voces de los mayores que viven en nuestro país, y que además favorece el intercambio generacional y la transmisión de historias y saberes entre los niños, jóvenes y las personas mayores de su familia y comunidad.

Prueba de ello, son los valiosos aliados de Bogotá, Cali, Medellín y el departamento del Quindío, que se han sumado a esta iniciativa, así como el interés creciente de las personas mayores, no solo en el concurso, sino en los talleres literarios que lo acompañan.

La cotidianidad que se vive en las ciudades y los pueblos, el recuer-

do (como tema y como inspiración para la escritura), la violencia, los adultos mayores como personajes y contadores de historias, son una constante en los 280 relatos orales y los 732 cuentos escritos que recibimos en esta tercera convocatoria.

Agradecemos de manera especial a nuestros aliados, a los cientos de personas mayores que aceptaron la invitación a participar en cada ciudad, así como al jurado (integrado por la actriz y dramaturga Alejandra Borrero, el escritor y académico Isaías Peña y el Director del Magazín Dominical de El Espectador, Fernando Araujo Vélez) que tuvo la ardua tarea de seleccionar los 15 cuentos escritos y las 12 narraciones orales que hacen parte de esta publicación y su DVD.

Los invitamos a disfrutar de estas historias, pero, sobre todo, a que éste no sea más que un pretexto para que animen a su familia y amigos a oír y compartir las historias de su vida y del día a día con los mayores que están a su alrededor.

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de las bibliotecas y centros culturales de Bogotá, Cali, Medellín y el departamento del Quindío. Ellos comprendieron el objetivo del proyecto y dispusieron de su equipo para incentivar la lectura y escritura en las personas mayores. Así mismo, queremos dar las gracias a la Gerencia de Literatura (del Instituto Distrital de las Artes) y a la Secretaría de Familia de la Gobernación del Quindío que, desde el comienzo, han creído en esta iniciativa. Finalmente, agradecemos el apoyo incondicional de Juliana Paniagua, Karina López e Ignacio Cerón, quienes, desde sus regiones, fueron los motores que hicieron posible los talleres y el concurso de este año.

Bibliotecas participantes:

Biblioteca Colegio Colsubsidio Chicalá, Biblioteca Colegio Colsubsidio Ciudadela, Biblioteca Colsubsidio Usaquén, Biblioteca Colsubsidio Calle 63, Biblioteca Colsubsidio Ciudad Roma, Biblioteca La Mari-chuela, Biblioteca Carlos E. Restrepo, Biblioteca Comunitaria Cerro Sur Hunza, Biblioteca Julio Cortázar, Biblioteca Comunitaria Santa Rosa.

Central Didáctica del Vallado, Central Didáctica Barrio el Poblado I, Biblioteca Comunitaria “Gabo”, Central Didáctica Barrio la Casona, Decepaz, Centro Cultural Comuna 1, Centro Cultural Comuna 20, Centro Cultural Comuna 18, Biblioteca temática del deporte y la recreación, Biblioteca Comunitaria Barrio San Luis, Biblioteca Comu

nitaria “La María”, Biblioteca Comunitaria B/San Pedro, Centro Cultural de Cali- Sala Borges, Biblioteca Comunitaria Corregimiento La Buitrera, Biblioteca Corregimiento Cascajal, Biblioteca Corregimiento Montebello, Biblioteca Comunitaria “León de Greiff”.

Biblioteca Pública Piloto, Filial San Antonio de Prado, Filial Juan Zuleta Ferrer, Biblioteca Pública Popular N° 2, Biblioteca CREM Granizal, Biblioteca Santa Cruz, Biblioteca Fernando Gómez Martínez, Biblioteca de Santa Elena, Biblioteca El Limonar, Biblioteca La Floresta, Biblioteca San Sebastián Palmitas, Parque Biblioteca San Javier, Parque Biblioteca La Ladera, parque Bibliotecas la Quintana, Parque Biblioteca Santo Domingo, Parque Biblioteca Belén, Parque Biblioteca San Cristóbal, Parque Biblioteca San Antonio de Prado, Parque Biblioteca Guayabal, Biblioteca Centro Occidental

Biblioteca del Municipio de Armenia, Biblioteca del Municipio de Buenavista, Biblioteca del Municipio de Calarcá, Biblioteca del Municipio de Circasia, Biblioteca del Municipio de Córdoba, Biblioteca del Municipio de Filandia, Biblioteca del Municipio de la Tebaida, Biblioteca del Municipio de Montenegro, Biblioteca del Municipio de Pijao, Biblioteca del Municipio de Salento, Biblioteca del Municipio de Génova, Biblioteca del Municipio de Quimbaya, Biblioteca de Comfenalco, Biblioteca de la Universidad del Quindío, Biblioteca del Museo del Oro, Centro de Bienestar del Anciano El Carmen, Fundación Hogar Anita Gutiérrez de Echeverri.

B N B J H S B
I B G S B G P S J K P O M S N B
I B E R C U S L I B E R O P U R U S R M O N C U S L I B E I
B E R U S L M B E R O P U S P I A H O N C U S L M B E R
A F G S H F B A F G S A J L M H I N M S T O H F B A F G
I B E R C U S L I B E R O P U R U S R H O N C U S L I B E I
H F B M S T O H F B A F G S A J D K O P N M S T O H F B
X N B G X G N X N B G J A D S F K D F S J M X G N X N B
E M P U L A S E M P E R F G Z M V E H I C U L A S E M I

GANADORES

Los cuentos de Valderrutén

Por: **Jaime Octavio Campo**

Biblioteca Comunitaria “La María”

Hará ya cerca de diez años cuando fui a visitar la vieja fábrica que iba a ser modernizada y cuyo contrato no podría dejar escapar. Era mi mejor época como ingeniero contratista y luchaba por ser el más eficiente y puntual de la región, aunque para ello tuviese que sacrificar tiempo de atención a mi familia. ¡Ya vendrán tiempos mejores! Era mi decir, sin percatarme de que aún había un párvulo cuyas preguntas no sabían esperar.

El trayecto a la fábrica me dio la ocasión de caminar junto al barrio donde pasé la edad entre los siete y los once años, la única y verdadera edad mágica del hombre, la que nos hiere y nos ilumina como jamás podremos volver a ser heridos o iluminados. Torcí a la izquierda en el semáforo que ahora ocupa el lugar que alguna vez fue de la meta de las carreras de caballos que los carretilleros organizaban los domingos. Me adentré en la ancha calle pavimentada —otrora campo de fútbol y de batallas— con un sentimiento de trasgresión. Allí estaba la iglesia que se construía, mientras mi madre con su Singer bregaba por educarnos como católicos. La iglesia era el único edificio que mantenía su arquitectura original. Por todas partes, había letreros que anuncia-

ban negocios de todo tipo: clínicas, tiendas de computadores, abarrotes, celulares, papelerías. Mi casa ya no existe, ha sido dividida en dos y sus fachadas modificadas hasta la negación; una de ellas ostentaba el número mágico: 12B-21, lo que me demostraba que debajo del concreto y los horrendos avisos multicolores aún palpitaba la vida real.

Doblé a la derecha antes del siguiente semáforo y, dos cuadras más allá, otra vez a la derecha. Divisé la escuela de paredes amarillas donde cacé mis primeras peleas y, junto a ella, el gran parque; o lo que en aquella época se me antojaba un gran parque, ahora exiguo y ajeno. Miles de pequeñas voces gritaban en mi interior mientras miraba todos los rincones sin detenerme, como si le estuviese robando algo a los actuales habitantes del lugar; pero en realidad, buscaba algo que presentía perdido. Algún sollozo se entremezcló con el ladrido de un perro, un grito de gol y una respiración jadeante tras las pilas de ladrillos y bloques de concreto de la iglesia en construcción, que nos servían de escondite y emboscada.

Todas las paredes y andenes parecían alcanzarme con sus puyas de recuerdos. Sin embargo, lo anodino del actual escenario y la urgencia de la visita técnica no permitieron más. Al girar de nuevo a la izquierda para retomar el camino reprimí un ligero sentimiento de goce y angustia y acallé las voces a punta de conjeturas económicas sobre la obra que estaba a punto de contratar.

Pero las voces no se quisieron acallar. Tras el cristal del televisor no veía por esos días noticias sino rodillas lastimadas en una cancha

empedrada y durante la cena con mi familia no escuchaba preguntas sino gritos de júbilo y de amenaza que me llegaban de muy lejos en mi interior, desde mis recuerdos. Por eso rompí una tarde la rutina y me fui al dichoso parque, donde osadamente me hice a un lugar entre la veintena de viejos desperdigados en pequeños grupos como si fuese el patio de su casa.

Allí, sentado en un bordillo con el cuerpo echado hacia atrás, entre el murmullo de los viejos y el rumor de semillas de acacia que caían alrededor, pude desmenuzar de alguna manera la madeja de sentimientos que se agolpaban por salir y darle un sendero —así fuese incierto— a mis indagaciones, entre las cuales, con leves resplandores del cavernoso olvido, fue emergiendo la figura de un viejo que ora se presentaba como siniestro demonio, ora como genio amigo y protector. Finalmente supe que se trataba del señor Valderrutén, jardinero del parque, que nos espantaba con su rastrillo cuando nos encontraba jugando pelota en su pulido césped y que llegaba incluso a lanzarnos piedras si le sustraíamos alguna herramienta, motivo de algarabía y grandes carreras a campo traviesa. Su rostro medio barbado y su sombrero color café, no los podría olvidar; pues, al final de la tarde, cuando se sentaba en la banca y encendía un tabaco, nos daba la señal de acercarnos para escuchar sus cuentos, los famosos cuentos del señor Valderrutén.

Pero para él no eran cuentos, sino verdades históricas de carácter sagrado que nos regalaba para, según él, sacarnos de la ignorancia en que quería meternos el profesor Martínez, su antítesis y declarado

enemigo en asuntos de moral. Tampoco era cuestión de ponerle título a los cuentos; cuando el viejo notaba que ya había suficientes escuchas simplemente espetaba una pregunta agria, sin mirar a nadie en particular: “¿Qué quieren saber?” A lo cual seguía un tenso silencio que se rompía poco a poco con un murmullo de pequeños interrogantes sueltos, uno de los cuales llegaría a ser la tan esperada pregunta del día. Así supe por qué se moría la gente, de dónde traían en realidad a los niños, qué había debajo de la tierra, cómo se conquistaba a una mujer, cuáles eran las mañas del Diablo, e infinidad de asuntos que Valderrutén ilustraba con un lenguaje soez pero efectivo; tanto, que aún perduran en mi mente, al menos, una decena de historias con las que se edificaron mis temores. ¿Dónde viven los lobos?, preguntó una voz que me retorció las tripas, pues precisamente ese asunto del lobo constituía mi principal fuente de pánico, toda vez que mis tías repetían aquel fatídico “se la llevó un lobo en la boca” cuando preguntaba por mi madre ocasionalmente ausente. “Los lobos” –dijo el viejo, sin retirar el tabaco de su boca– “viven en guaridas, como el cura o el panadero. Allí llevan a sus presas, como ellos, y se las comen lentamente durante las noches de lluvia”. Debo advertir que aquí estoy haciendo un esfuerzo por adecentar la narración de Valderrutén, pues una parte esencial de su impacto derivaba del uso continuo de las más groseras expresiones, de tal modo que la última frase se escucharía así, sin editar: “como el *#&!& cura y el panadero...” Esto explica que la participación en tales corrillos literarios constituyera una falta grave, merecedora de fuertes

latigazos de las angustiadas madres católicas.

“Cuando ustedes quieran conocer la guarida de un lobo,” –siguió el viejo con voz grave y tan baja que obligaba a las cabecitas a adelantarse para no perder detalle– “tienen que hacerse los muertos en un potrero, esperar la media noche hasta que llegue a olerlos, dejar que los levante con sus colmillos; aguantar sus fétidas babas y soportar ser llevados en su hocico hasta la montaña sin rechistar; pues, si tratan de soltarse, el lobo los destrozará ahí mismo”. Acto seguido levantó su camisa medio desabrochada y dejó ver un par de cicatrices en forma de cuña, supuestamente las marcas de los dientes de un enorme lobo. “Si son capaces de aguantar esto,” –decía, ahora sí, mirando fijamente a cada uno con cara de reto– “podrán conquistar todas las hembras que quieran, y hacerse muy ricos”. No era cosa de preguntarle por qué él no era rico y no se lo veía acompañado de hermosas mujeres, simplemente estábamos tan impresionados que no había lugar a más preguntas por esa noche.

A veces decidía soltar el tabaco y actuar sus propios cuentos, dando exclamaciones y enérgicos saltos de corsario entre la banca y el pasto recién cortado. Gustaba de posar con gesto feroz, cuando narraba una escena donde él mismo era un héroe temerario. Nunca se le vio reír, aunque de su cuerpo, además de cierto olorcillo repulsivo, emanara una desdeñosa postura burlona ante los deberes rutinarios de los vecinos; tal como si su oficio fuese el de testigo de ocasión para un inminente juicio final. Un buen día, sin embargo, dejó brillar

cierta veta santurrona revelándonos el secreto de su desdicha: resulta que allá arriba, en el barrio de Siloé, donde vivía solo en un cuarto muy estrecho, acompañado de libros y aparejos de astrología, trataba todas las noches de localizar, entre los arcanos de los cielos, el alma de su mujer, quien muriera ahogada en el río Pance, donde él mismo la llevara a recibir la alborada del año nuevo. La pregunta esa tarde había sido: ¿Puedo tener más de una novia? Sin responder inmediatamente soltó el tabaco, caminó un poco en el estrecho redondel que formábamos, apoyó su mano en el flexible árbol de guayaba que nos cubría y sentenció, en tono más que sombrío: “Sólo les será dado encontrar una compañera; las demás serán hembras con quienes ejercitarán sus güevos para distraerlos en su camino hacia la derrota; si tienen suerte, conocerán eso que los demás llaman amor, pero que yo llamo viciosa camaradería”.

Resultaría muy extenso reunir en un solo texto las escandalosas historias de Valderrutén que se hicieron tan patentes en mi memoria en la medida en que iba sintiéndome más familiar entre aquellos viejos del parque que ahora reían y jugaban como si nada; pero eso ahogaría el propósito de este escrito, que no es otro que darle curso a aquella presión de sentimientos que quedaron sembrados a raíz de sus pueriles narraciones. Por eso me centraré en una que parece excavar más hondo en mis emociones por haberme sido dedicada de una manera tan brutal como inesperada. En general los cuentos de Valderrutén eran tan trágicos y cargados de patetismo que un día me impresionó

la nitidez con que exponía un asunto tierno. Resulta que la pregunta había sido: ¿Es verdad que los gitanos se roban a los niños? A ella el viejo respondió con una cara entre sorprendida y agradecida por el tema: “Les voy a contar una historia de gitanos. El año pasado templaron sus tiendas en un potrero que hay al lado de mi casa, curiosamente uno de ellos era muy parecido a mí: el mismo bigote, los mismos brazos fornidos, las cejas pobladas que inspiran respeto y, lo que más llamó mi atención, el mismo gusto mío por los violines y las guitarras. Así nos hicimos amigos y pude preguntarle “¿Es verdad que Uds. se roban a los niños?” Después de darme una fuerte palmada en la espalda me dijo, casi gritando: ¿Y, acaso tú no eres robado? A lo que yo contesté: ¡No!, yo nací en el pueblo de Salento, mis padres eran campesinos cultivadores de café, ellos nunca tuvieron nada que ver con los gitanos. A lo que Nassir –tal era su nombre– respondió con una sonrisa franca: Ya ves, te pusieron en un buen lugar; los gitanos se roban a los niños cuyos padres les dan mala vida y los llevan donde puedan vivir mejor; a ti te llevaron a un cafetal; ¿Cómo puede ser malo un pueblo que anda por el mundo distribuyendo la buena fortuna entre los niños? Por mi parte puedo asegurarles, muchachos, que no hay peor vida que la que puede llevarse junto a unos padres que solo se ocupan del trabajo. Los gitanos, en cambio, piensan primero en el amor, después en el baile y enseguida en la aventura. No hay mejor vida que la de los gitanos”.

“Este, por ejemplo” –dijo, mirándome y señalándome con un dedo acusador–, “¡tiene una mirada tan triste que parece estar llamando a

los gitanos!” ¿Cómo pueden esas palabras –que en aquel momento me hundieron en el humillante hoyo de las burlas de mis amigos– revelar-me ahora el secreto de una vida dichosa que antes nunca conocí?

Todo el mérito es del viejo Valderrutén, porque desde el momento en que treinta años después retumbaron en mi mente en el mismo escenario de la feroz confrontación, sentí la urgente necesidad de abrir mi alma al diálogo sencillo y alegre con los demás, diluyéndose el pesado acartonamiento que caracterizó mi vida, esa vida de aparentes éxitos. Fue así como sucedieron cambios que me transformaron: me dejé crecer mi bigote y me matriculé en un curso de teatro con mis hijos y mi querida esposa para aprender a despabilarnos, como lo haremos de nuevo el domingo próximo, representando en tarima, para los sorprendidos amigos, los pícaros cuentos del señor Valderrutén.

Kafka (Julio de 1923)
Por: Luis Carlos Vélez Barrios
Biblioteca de Comfenalco

Soy un novel escritor. Veo a Franz Kafka que camina silencioso por la estación y se entretiene mirando los vagones.

A esta hora de la tarde las edificaciones lucen diversos colores, sirven de marco al movimiento de las personas que van y vienen en su afán de comprar los boletos. Algunos esperan ya sobre la acera.

Es el momento de tomar apuntes, observo a Kafka que luce un traje color claro y está a prudente distancia.

Kafka se detiene al borde del andén, parece estar molesto con los gritos y las voces que escucha.

Entro en inquietud porque debo describirlo antes de que se marche.

Me recuesto sobre unos bultos de mercancía, doy comienzo a mi labor. Percibo que la premura le resta belleza a lo que escribo y delata mi estado emocional, estoy seguro que no debo desaprovechar esta oportunidad de poner en práctica mis conocimientos sobre el arte narrativo.

La información que tengo de Kafka indica que es hermético, analítico y sagaz. Cómo me gustaría profundizar en su personalidad. Quiero arriesgarme a pensar que Kafka es un escritor en eterno conflicto, y

por esta razón lo noto inquieto, en busca de una solución.

No dudo que el punto de partida para una amistad, que sueño duradera, sea este trabajo, el cual espero le guste; y como prueba de que lo acepta, me permita invitarlo a uno de los cafetines de la estación, en donde le manifestaré mi entusiasmo por *La Metamorfosis* y *La Condena*.

Una vez que hayamos salido del cafetín, imagino la conversación rumbo a la oficina de abogados en donde trabaja.

No espero ver sobre su escritorio fotos de Julie Lowy, su madre, o de Hermann Kafka; tampoco fotos con Grete Bloch, Dora Dymant, Milena Jesenka, y de Felice Bauer, con quienes, según las revistas que reseñan sus obras, intercambia cartas y confidencias.

No obstante, espero ver en un extremo de la mesa de trabajo, alguna obra de G. K. Chesterton, el creador del Padre Brown, a quien Kafka tiene como uno de sus autores preferidos y también algunas cartas de editores.

Me ilusiono fantaseando que Kafka, como muestra de generosidad, tome algún manuscrito de los que tiene destinados al cesto de la basura, y me lo entregue autografiado. Ése será el final de nuestro encuentro.

La tarde ya no es anaranjada y roja; los edificios empiezan a encender sus luces y la noche de Praga se llena de colores. La gente corre a abordar sus trenes y veo a Kafka meterse en la multitud.

Lo que imaginé, nunca podrá ser. Kafka acaba de subir al tren.

Perfume en el collar

Por: **Beatriz Jeannethe Navas de Rico**

Biblioteca Colsubsidio Usaquéen

Seguía pensativa frente a la ventana cuando salieron los primeros rayos del sol, veía la neblina emergiendo como espuma entre los jardines de las casas. No había nada más qué pensar, había llegado la hora. Abrió la ventana, tomó una bocanada de aire, sintió el olor dulzón de la mañana y el viento helado sobre el rostro.

Extendió el vestido blanco sobre el lado izquierdo de la cama. Contempló el corpiño de satén adornado con apliques de encaje y flores de seda. Desabrochó cada uno de los botones de organza y anudó los moños que sostendrían la cola del vestido.

Al lado puso las enaguas de tul, los zapatos que había mandado a hacer bordados a mano, en satén duquesa marfil y su lencería de encaje blanco.

Envuelta en una bata de toalla, bajó con los pies descalzos hasta el jardín. Recogió lirios, jacintos, flores de mirto y algunas ramas de hiedra. Amarró con cintas el buqué de novia y el ramo de mirto lo apuntó en la solapa del esmoquin.

Con todo listo, comenzó el ritual: se sumergió en la tina para tomar un baño de espumas. Sintió el placer del agua tibia, estuvo allí hasta

que su cuerpo se impregnó de esencias de flores de azahar.

Salió de la tina. Frotó su cuerpo con la toalla. Lo secó despacio, humectó su piel. Miró sus manos, sus pies; los encontró perfectos. Cepilló su cabellera ondulada, la recogió en una moña adornada con dos broches de perlas, y dejó el cuello al descubierto.

Instaló la música y comenzó a vestirse sin afán, acomodó cada cosa, cada botón en su lugar. Recorrió la piel suave de sus piernas mientras las enfundaba en medias de seda; las sujetó al ligero de encaje, luego calzó sus zapatos de satén.

Se miró al espejo. Faltaban los pendientes de diamantes, se los puso. Vio por última vez la imagen de novia inmaculada. Perfumó, con Coco Mademoiselle de Chanel, el lazo que colgaría de su cuello, tomó su ramo de novia, lanzó hacia atrás la cola del vestido y lentamente ascendió por la escalerilla forrada en cintas, rosas y azahares.

Cuando llegó al marco de la ventana, volteó a mirar por última vez el cuarto. Él, seguía allí sobre la cama, vestido de esmoquin y corbatín rosados. Labios pintados de color carmín. Del mismo color tenía las uñas de los pies y de las manos. En el piso continuaba hecha trizas la copa de champan.

Arrojó sobre el cuerpo inerte el ramo de novia, ajustó a su cuello el lazo perfumado. Dio un paso al vacío, sus zapatos de satén cayeron al jardín y el vestido de novia hondeó en el viento, mientras seguían sonando los últimos acordes del vals Fascinación.

B N B J K P H C S N
I B G S B G P S U S R M O M S N B E
BERCUSLIBEROPURUSRMONCUSLIBE
BERUSLMBEROPUSPIAHONCUSLMBER
AFGSHFBAFGSAJLMHINMS TOHFBAFG
IBERCUSLIBEROPURUSRHONCUSLIBE
HFBMSTOHFBAFGSAJDKOPNMSTOHFB
XNBGXGNXNBGJADSFKDFSJMXGNXNB
EMPULASEMPERFGZMVEHICULASEMI

MENCIONES DE HONOR

Los amantes del Portal Norte

Por: **Mauricio Estrada Mesa**

Biblioteca Colsubsidio Usaquéen

Diana esperaba la ruta G-12 en el Portal del Norte pensando en lo que le esperaba en el trabajo y lo rico que había pasado el día anterior en el gimnasio. Carlos esperaba la ruta G-12 en el Portal Norte y pensaba en la película que vería esa noche.

El día estaba frío y eran las 6:32 am y Diana y Carlos estaban en la misma cola de la ruta G-12 en el Portal Norte.

El bus se aproximó a su posición y todas las personas que esperaba se prepararon para participar de la estampida rutinaria de todos los días en la hora pico. Diana tomó aire, Carlos preparó los codos y todos los demás empujaron para llegar lo antes posible a tomar uno de los asientos rojos que le permitiría continuar con el sueño delicioso de la noche anterior.

La gente fluía como si fuera un embudo de carne, sangre y huesos, depositando en el interior del bus personas a las que el agite les había modificado los cuidadosos arreglos matutinos.

Diana se aproximaba a la puerta y veía con desilusión que los puestos se agotaban. Carlos no tenía duda que tendría que empujar más duro para no perder la ruta. Diana y Carlos se encontraron justo

en la puerta, cara con cara, como si fueran amantes, como si vinieran juntos. Se miraron, se olieron y cada uno enrojeció del susto.

Nunca se habían visto y se gustaron a primera vista. Carlos trató de ser atento y dejar pasar a Diana, pero la masa que venía atrás dándose cuenta de que el bus partiría pronto, empujó más duro y los separaron abruptamente. Cada uno terminó en un lado diferente. Carlos en el centro del bus junto al fuelle y Diana en la parte de atrás.

No dejaban de mirarse pero había que hacer un esfuerzo para buscar un rotico que lo permitiera. Diana se bajó primero en la estación de la 100. Se miraron y, sin decir una palabra, convinieron volverse a ver.

Carlos se bajó después en Ricaurte y caminó lentamente hasta la oficina por La Jiménez, abajo de la 30, recordando los ojos castaños, los labios gruesos y la sonrisa tímida de Diana.

Diana subió la 100 hasta la Avenida 19 rumiando el encuentro con Carlos, el gimnasio de la noche anterior y el problema que tenía en la oficina por resolver esa mañana.

Carlos llegó a la oficina y no conseguía concentrarse en el trabajo. Los números parecían signos de otro mundo. Todos lo buscaban y él los rehusaba tratando de recordar los ojos que tenía esa sonrisa preciosa que le sonreía como hacía mucho tiempo no le sonreían.

Diana llegó a la reunión con gente agresiva y tomó aire, contó hasta 100 y se prometió estar calmada para terminar el asunto rápido y tener tiempo de soñar con el encuentro de esa mañana.

Los compañeros de Diana no se dieron por enterados de que ella estaba en otro lado y la presionaban de todas formas. Ella flotaba y hacía esfuerzos interminables para llegar a un acuerdo y salir de ahí.

La reunión se acabó y la invitaron a almorzar. Ella se excusó y se fue sola a un sitio donde la música era suave y romántica. No probó el almuerzo.

La hora de salir llegó, Carlos caminó rápido en dirección a la estación de Ricaurte y Diana fue al baño, se peinó, se lavó los dientes y se maquilló.

La estación de la 100 era un hervidero humano, la cola era infinita, la gente se agolpaba; empujaban tratando de llegar a la registradora, la gente que salía bramaba enfurecida porque no los dejaban salir. Ella caminó en medio de una multitud que la hacía caminar lentamente en dirección a las registradoras. Pasó ese primer obstáculo y llegó a la posición del B-12. La cola estaba grande. Llegaban buses que descargaban muchas personas, pero que engullían pocas. Finalmente logró entrar.

Carlos llegó a Ricaurte, todas las puertas estaban agolpadas de ansiosos pasajeros pensando en la comida, en los niños, las esposas o la cama para descansar. Como siempre, alistó los codos para empujar cuando llegó un bus en el que él consideró debía caber. Así lo hizo, empujó y empujó, la gente lo insultaba, la gente lo empujaba, pero él sólo pensaba en llegar al Portal a ver si encontraba a la bella niña de ojos castaños y de sonrisa limpia y dulce salida de esos gruesos labios

carnosos.

Diana llegó al Portal, miraba en todas las direcciones. No había signos de aquel muchacho flaco, de anteojos gruesos y de ojos negros. Caminó de un lado para otro, escarbando en la multitud, pero no vio señal alguna de alguien que se debería llamar Daniel.

Diana se dio por vencida y decidió ir al gimnasio, buscó la salida y se encaminó a ella. Bajó las escaleras en el momento en que Carlos bajó del bus en busca de su niña bonita. No había signos de ella, caminó de arriba para abajo y no estaba.

Diana llegó al gimnasio y comenzó su calentamiento. Comenzó con el cardio y luego las pesas. Agotada, se encaminó a su casa y pensó en que al día siguiente lo volvería a ver.

Carlos, deprimido y ansioso, tomó un B-1 y se bajó en el Centro Comercial Santa Fe para ver la película que había planeado ver. Soñaba con que ella estuviera con él y fueran a comprar un combo con muchas palomitas de maíz. La que él pensó, se debería llamar Luisa, le daría muchos besos con esos ricos y carnosos labios gruesos. La película lo atrapó y se sumergió en ella. Al fin su ánimo calmado lo llevó a su casa donde se acordó de ella y vislumbró una esperanza al día siguiente.

El despertador de Diana sonó a las 4:30 am, lo buscaba para apagarlo, no lo encontró y, cada vez más bravo y fuerte, le anunciaba que el día debería comenzar pronto. Alistó todo, una pinta bonita y sexi, se bañó, se perfumó y arregló para una gran ocasión.

Carlos se despertó a las 4 am, saltó de la cama tan pronto sonó el

despertador. Hizo flexiones y algo de yoga, se bañó, se perfumó y se puso una pinta bonita para encontrarla en pocos minutos.

Diana y Carlos salieron cada uno de sus casas rumbo al Portal Norte. Diana en alimentador, Carlos a pie. Cada uno calculó llegar a las 6:20 am, que creyeron era la hora a la que se habían visto la mañana anterior.

El alimentador de Diana se desplazaba lentamente hasta que un estrellón en la 170 le impidió seguir. La policía medía y los carros trataban de montarse al andén para no quedar atrapados. Parece que el estrellón llevaba mucho rato porque la cola era larga. La policía hacía esfuerzo por dar vía, pero la cola no disminuía.

Carlos caminó rápidamente y llegó a las 6:15 am. Miraba para todos lados. Prendía su celular para ver la hora y eran las 6:16. Caminaba de un lado para el otro y seguía al G-12 que llegaba, y veía cómo la gente se apeñuscaba, se empujaba y el bus finalmente engullía sin pasión.

El alimentador pasó el trancón, eran las 6:21 am y el bus estaba por llegar al Portal. Diana se comió la primera uña. Trataba ansiosa de ver la posición del G-12 pero no estaba en la mira.

Carlos miraba por décima vez su celular y marcaba las 6:30 am. Llegaría tarde y le descontarían el día. Era un precio bajo si podía verla, pensó.

Eran las 6:40 am y Diana llegó a la fila del G-12. Carlos estaba al frente de ella. Él se volteó a mirar y allí la vio. Quiso salir a saludarla

pero la multitud no lo dejó mover un dedo. Llegó el bus y lo empujaron al interior del bus sin que él lo pensara. Ella preparó los codos y se abrió camino al interior del bus, pero quedaron muy lejos para poder establecer una conversación.

Se miraban y cada uno podía ver la preciosa felicidad que brotaba de cada rostro. Se contemplaron, se clavaron la mirada, pero no pronunciaban palabra.

El G-12 paró en la última estación antes de la 100. Carlos sudaba. No sabía cómo hacer para saber el nombre de ella. Tal vez se llamaría Lina. Quisiera hacer una cita con ella, pero no sabía cómo hacerla en semejante situación.

El bus llegó a la estación de la 100. Carlos tomó aire y gritó: “Niña bonita, te amo, mañana en el Portal a las 6:21 am”.

Un hermoso y siniestro hongo
Por: Sonia Zamarriego de Paredes
Biblioteca Comunitaria “La María”

A la sombra de un frondoso árbol, recordaba los días de mi infancia. Fueron momentos maravillosos, donde los juegos me hacían vivir y soñar, en medio de nuestra bella y amada Cali. Los niños de hoy en día no tienen ni la más remota idea de que algún día existieron esos juegos. De cuánta alegría y momentos súper gratos se están perdiendo... y los días del colegio, ¡qué maravilla!

Y todo esto, a pesar de que nosotros pasábamos todos los días de la semana en el colegio, incluyendo los sábados. Del domingo, ni se diga, pues había que asistir a la Santa Misa. Seguramente, por esta ocupación total de nuestros tiempos, podemos decir que surgieron los personajes que hoy por hoy existen en nuestra patria. ¿Por qué no volver a esos momentos de pequeña, organizada, respetuosa y próspera responsabilidad? Quizás, hoy es imposible tener a los niños todo el día en el colegio, pero ¿por qué no los involucramos el resto del día ayudándoles a que se ocupen de pronto en un deporte, un arte y hasta en las tareas del hogar? ¿De cuántos deportistas, artistas y profesionales íntegros nos estamos perdiendo por no darles esa oportunidad? Éstas son, lógicamente, conclusiones muy personales, que saltan en mi pen-

samiento cuando recuerdo los días del pasado. En fin, es algo que solo queda de pronto en el simple recordar de la existencia.

Claro está, que no solamente en la mente de una persona existen recuerdos maravillosos. También hay momentos bastante complicados y difíciles. A veces, que ni siquiera quisiéramos que llegaran a nuestra mente, pero desafortunadamente existieron y quedan grabados hasta el último día de nuestro vivir.

Uno de estos momentos lo voy a narrar, desde algunos días antes del suceso, pues fue desde allí que se marcó en mi vida.

Yo era una niña. Tan solo una niña. Me encantaba ir con mis hermanos mayores a participar de la Santa Misa los domingos, en la capilla del Batallón Pichincha, pues vivíamos muy cerca. Yo gozaba y disfrutaba mucho, teniendo en mis manos la canastilla para recoger la limosna. Y todos los domingos era fijo que yo lo hacía. Con el tiempo me di cuenta de que eran felices viendo cómo yo pedía la limosna: pues como niña, yo pensaba que era una obligación de todos los que acudían a la misa; creía que debían tener una moneda para depositarla en la canastilla. Por lo tanto, yo no me movía del frente de la persona hasta que esta sacaba aunque fuera un centavo. Por supuesto, algunas personas depositaban la limosna, porque era su deseo, otras por prudencia y otras por la pena que les daba que yo me apartara en frente. El párroco estaba feliz con el resultado de mi gestión y, por eso, no dejaba que nadie más la hiciera.

Uno de esos tantos domingos, escuchamos al Párroco que nos co-

mentaba lo angustiado que había amanecido ese día. Todos estábamos intrigados por lo que el sacerdote estaba diciendo. De tanto insistirle para que nos contara lo que había sucedido, él nos dijo que estaba demasiado preocupado porque la noche anterior había soñado que se encontraba en un lugar muy horrible, lleno de destrucción por todas partes y a él le había tocado caminar por el medio de muchísimos cadáveres. Todos teníamos los ojos desorbitados, escuchando tan terrible relato. Al final, pensamos: Bueno, simplemente ha sido una fuerte pesadilla.

Habían ya pasado algunos días del relato del párroco del Pichincha, cuando una noche frente a nuestra casa empezaron a parquear unos camiones. Si mal no recuerdo, eran siete. Mi madre, quien era una persona demasiado nerviosa, cuando se enteró que dichos automotores tenían en su interior dinamita que iba para Bogotá, nos pidió a todos sus hijos que por favor ayudáramos a cuidar que ninguna persona, que de pronto pasara fumando, se le ocurriera tirar la colilla y pudiera suceder alguna tragedia. Nosotros, dentro de nuestra inocencia, realmente disfrutamos el momento de guardianes o policías, que nos habían encomendado. Veíamos que los mayores iban y venían, les oíamos decir que no era el lugar donde podían amanecer dichos camiones, pues pensaban que los bomberos podían tenerlos mejor custodiados. Pero ellos decían que no tenían lugar donde dejarlos pasar esa noche. Al final, vimos que a eso de las 10 de la noche, salieron los camiones, sin nosotros saber hacia dónde se dirigían. Al fin y al cabo,

tampoco nos interesaba.

Nos fuimos a dormir, felices de haber cumplido nuestra labor de guardianes. Nuestra misión había terminado.

Estábamos ya durmiendo con placidez, cuando de repente escuchamos un trueno sordo y supremamente fuerte, que nos hizo brincar de nuestros lechos. Era la una de la mañana. Despertamos en medio de pedazos de vidrio, pues no había quedado en las ventanas ni uno solo bueno. ¿Qué pasó? Nuestras habitaciones estaban ubicadas en un segundo piso. Cuando nos asomamos, vimos frente a nosotros, un hongo gigantesco. Qué pena, pero era algo majestuoso, hermoso, de un colorido entre zapote, amarillo y rojizo, muy brillante. En ese momento no teníamos ni idea de lo que había sucedido. ¿De dónde sale eso tan hermoso?, decíamos entre nosotros sin percatarnos de que era el siniestro más terrible del que se tenía historia en nuestra ciudad.

Al cabo de unas horas, nos enteramos de que había sido una fuerte explosión. Qué horror cuando nos dimos cuenta de que los camiones que toda la noche anterior habíamos cuidado, los habían llevado a la policía y eran los que habían explotado.

Después de haber pasado unas largas horas de tranquilidad mientras la gente se percataba de lo sucedido, cuando ya se supo la tragedia y con ella el desorden, vino el vandalismo. Los almacenes que habían quedado sin puertas ni ventanas por la explosión, fueron saqueados, hasta que la policía llegó a imponer el orden.

Cuando ya nos calmamos un poco, fuimos hacia el sitio, y nos

hemos encontrado un cuadro siniestro. Lleno de dolor y de angustias. Pero ¡cuál fue mi más grande sorpresa! En medio de los muertos y la destrucción, observé a aquel sacerdote, que unos días antes, nos había dicho lo que había soñado. Sí, él estaba en medio de los heridos y de los muertos, ayudando a unos y dándoles los Santos óleos a otros.

No se supo jamás, si fue casualidad o manos criminales. Solo se sabe que se vivieron los días más tristes en nuestra bella, amada y grande ciudad de Cali...

El tesoro

Por: Luis Fernando Betancur Rivera

Biblioteca Pública Piloto

Cuando entraron acompañados con su nuevo bebé, no se percataron del estruendo que salió del patio y, acostados en la cama, se dispusieron a cumplir con la tarea. Ella le había propuesto a Miguel que si era niño se llamara como él, y Miguel aceptó gustosamente; de ser niña, como lo fue, su nombre sería el de uno de los papelitos que estaban en la bolsa. Eleonor, antes de meter la mano, le dijo a Miguel que si por ella fuera se metería a la boca y tragaría cuatro de esos papelitos: no le gustaban Malena ni Gabriela porque eran nombres de señoras; Luvina, el nombre de un pueblo, tampoco le llamaba la atención su nombre. Le gustaba Valeria, ningún otro. Cuando salió el nombre, quisieron, de inmediato, coger el teléfono y llamar a todos los familiares y amigos para contarles cómo se llamaría, pero ya era muy tarde y decidieron dormir. Al otro día avisarían y escogerían la iglesia para el bautizo.

Fue Eleonor quien escuchó el primer ruido en el patio, una queja casi silenciosa. Salió de la habitación, persiguiéndolo con los oídos lo buscó hasta que pudo enterarse de dónde venía. Era una mujer vieja que estaba echada boca arriba sobre las tablas de una cama que se en-

contraban allí hacía meses, y que intentaba levantarse para huir, pero su cuerpo entumecido por el dolor de la caída se lo impedía. Cuando Miguel llegó luego del llamado de su esposa, la vieja había avanzado más o menos tres metros hacia la puerta de salida, arrastrándose como un gusano; escondía la cabeza entre su ancha camiseta, la sacaba y la guardaba nuevamente, sorprendida en sus fechorías. Dejó de moverse un buen tiempo creyendo que así se volvería invisible o se olvidarían de ella y podría escapar, pero Miguel y Eleonor se quedaron mirándola allí tirada, inspirando la lástima más grande del mundo.

Entonces le hablaron y ella les respondió tímidamente que necesitaba a alguien que le quitara ese dolor que la atormentaba y que al otro día, muy temprano, les contaría el motivo por el que estaba allí. Los dueños de la casa pasaron por alto el inconveniente y concluyeron que la intrusa, a su edad, era incapaz de hacerles daño. Miguel, por compasión, por caridad, la llevó cargada a la pieza del rebujo, le dio pastillas para el dolor y la dejó bajo llave para evitar un robo, luego se fue con Eleonor a dormir. Luvina durmió su primera noche en la mitad de los dos.

En la mañana llegaron los familiares para ver a la niña, para conocerla los que no estuvieron en la clínica en la noche y, curiosamente, todos querían también conocer a la vieja. Les intrigaba saber por qué Miguel no había llamado a la policía para que los librara de la amenaza, por qué Eleonor no la había sacado a palos de la casa si lo que le sobraba era temperamento, por qué le habían dado pastillas

para el dolor y una cama para dormir.

No se aguantaron la curiosidad y entraron en la pieza y la observaron, la miraron de arriba abajo, se detuvieron en cada detalle, mancha, peca, rastro de vejez, la repasaron como si fuera un ser de otro mundo; entonces, luego de observarla, entendieron los porqués: la vieja, además de que les producía una lástima enorme, les despertaba un cariño extraño; y, pensaban, entendiendo la decisión de la pareja, que un buen cristiano sería incapaz de tirarla a la calle antes de que se mejorara, eso sería como matarla.

Miguel estuvo vigilándola durante todo el día para evitar cualquier sorpresa; no quería que en el menor descuido la vieja se escapara con algo de valor. Pasaba por su pieza para observarla y no podía evitar sentir lástima. Sabía, por su madre y por otros tantos viejos queridos, que ser viejo pesa toneladas. Miraba sus arrugas y sus canas y sentía ternura y compasión, pues viendo ese cuerpo oxidado le pasaron por su memoria los últimos años de su madre. Le llevó la comida y la esperó afuera del baño mientras ella se aseaba, le obsequió un vestido rosado, le dejó las pastillas y un vaso de agua en el nochero.

Así, como ese día, pasaron algo más de dos meses. Sabían ya el motivo por el cual la vieja estaba en su casa, ella lo confesó con lágrimas y disculpas; sabían, entre muchas otras cosas, que comenzaban a querer a la vieja Aurora.

Aunque Luvina les consumía todo su tiempo en contemplaciones y cuidados, Eleonor y Miguel tenían tiempo también para la vieja.

Eleonor, aunque desconfiaba de Aurora, le planchaba y lavaba la camiseta y la falda descolorida que llevaba el día en que la conocieron, y el vestido rosado de su suegra que ya era suyo. Le llevaba los medicamentos todos los días a su pieza y dedicaba unos minutos a hablar de la vida con ella. Miguel salía a pasear por el parque como cuando lo hacía con su madre, cogía nísperos y ciruelas de los árboles vecinos y se los comían hablando de recuerdos. La vieja, en cada paseo, le contaba lo feliz que se sentía ser una prisionera voluntaria y el miedo que sentía de salir pronto de la casa como fue pactado; que la esperaban la calle, la soledad, la mendicidad y la muerte, le expresaba lo mucho que los quería a él, a Eleonor y a la niña, lo agradecida que estaba. Una tarde, hablando de todo, Miguel le preguntó nuevamente por qué había entrado en su casa habiendo tantas, qué buscaba. Ella, apenada, como en broma, le dijo sonriente que el gran tesoro; y Miguel se rió de lo equivocada que estuvo al elegir su casa como el baúl de su anhelo, sabía que se demoraría toda la vida buscando lo que no existía allí.

Pasados ya dos meses, Miguel y Eleonor decidieron poner a prueba a la vieja.

Dejaban dinero encima del comedor para tentarla, pero nunca lo tocó. La abandonaban en la casa por horas, escondidos afuera en cualquier lugar, para ver si salía con algo, pero no, al regresar la encontraban haciendo labores domésticas. Arriesgaban el dinero mandándola a merchar sola, pero siempre regresaba. Nunca mordió el anzuelo y

eso les hizo confiar en ella, eso decía de su arrepentimiento y de lo agradecida que estaba. Entonces decidieron dejar sin llave la pieza donde dormía para que saliera y entrara cuando se le antojara sin sentirse prisionera. Todas las mañanas luego del baño de la niña, como un ritual, salía al jardín a asolearla, luego la vestía. Le daban algo de dinero por las labores domésticas hechas para que tuviera en el momento de la partida, para que no se le pasara por la cabeza robarles; se quedaba, como si fuera la dueña, sola en la casa y sin vigilancia.

A la vieja le tocó ver crecer a Luvina: estuvo ahí cuando se asomaron sus primeros dientecitos, su cabello color oro peinado de mil formas, escuchó sus primeros murmullos.

Todas esas cosas la inundaban de nostalgia y tristeza; estaba sola en el mundo. Además, la angustiaba tocar la suavidad de la piel de Luvina; se sentía, haciéndolo, vieja e inútil.

Presenció las peleas de la pareja y las reconciliaciones amorosas que la hacían feliz, las preocupaciones de Eleonor por recuperar la figura perdida, los miedos de Miguel por el futuro de su familia al perder el trabajo. Estuvo ahí, como una más y no como intrusa, en las comidas especiales y en los brindis por la prosperidad y los logros. Pudo saber que a Miguel lo enfurecía la comida caliente en la mesa y que Eleonor detestaba las pastas y la comida de mar, que los domingos eran sagrados para el descanso. Aunque en ocasiones se sentía de la familia, no ignoraba que su tiempo con ellos se agotaba y que tendría que irse sola a cualquier lugar. En los cuatro meses que estuvo en la

casa aprendió a quererlos a todos; se encariñó mucho con Luvina y con el abuelo que, con sus halagos, la hacía sentir joven, querida, con ganas de lucir bien y de vivir. A pesar de todo, el deseo por el tesoro le robaba minutos de su pensamiento.

El último día que estuvo en la casa se levantó colmada de alientos. Muy temprano preparó el desayuno para todos, organizó la casa, se pintó los labios, se maquilló como no lo había hecho en años, se puso el vestido rosado que le gustaba al abuelo, se peinó y se sintió hermosa viéndose en el espejo. Escribió, cuando Miguel y Eleonor se fueron, la carta de despedida. En ella les agradeció por todo, les dijo lo mucho que los quería, les pidió disculpas. Dobló la carta y la dejó en la cuna de Luvina, encima de la pequeña almohadita para que cuando llegaran fuera lo primero que vieran.

El abuelo le dio varias vueltas a la cuadra en su búsqueda. Eleonor indagó con los vecinos y con todo el que se encontró en el camino pero nadie sabía nada, nadie había visto nada. La casa se llenó de amigos, familiares, vecinos y desconocidos que impacientes esperaron el sonido del teléfono y una buena noticia: una voz que acabara con el caos.

Miguel, en su desconcierto, llamó nuevamente a la policía que, nunca, como nadie, pudo dar con el rastro de ellas.

Un poco de fe

Por: **Neverg Londoño Arias**

Biblioteca Municipio Salento

Los soldados pasan por el camino que limita con el patio de recreos de la escuela y todos nos apretujamos contra la cerca para ver el desfile de uniformes, armas y morrales... “pasa... pasa... pasa el batallón... din, din, don”... en riguroso orden pasan los infantes con sus vestidos impecables y su cara sonriente, acabaditos de bañar; armas que brillan como las botas y los dientes ante el sol implacable de las diez de la mañana. Van camino a la montaña para hacer el juego de la guerra. Ellos creen que la patria les pertenece y es necesario defenderla ante un enemigo que, a su vez, cree que la patria le pertenece y es necesario defenderla.

Cuando comienza la clase de Religión, se inicia la balacera. Hay que encontrar refugio bajo las bancas y mesas hechas con madera de orillos que en aquel momento prueban su resistencia. Las explosiones cunden, el olor a pólvora se extiende y una bala perdida destroza el florero que contiene un solitario girasol. Estruendo de vidrios rotos y pétalos amarillos esparcidos sobre los espacios del aula entre los resplandores del miedo. Después de un aterrador silencio, se escucha el tropel desordenado de la tropa que regresa al cuartel a descansar la

fatiga y los desenfrenos. Regresamos “a los vuelos” a nuestras casas, donde cada quien sale de bajo las camas y de los subterráneos. La tienda queda diez a cuatro a favor de los soldados.

Los niños somos testigos de la guerra; conocemos el olor a pólvora, a huida, a sangre fresca, a desplazamiento forzado, a escondite y a miedo. Aún con los años no es posible arrancar esos olores pegados a la piel. Son recuerdos amarrados a la memoria que se llevan como un estigma para todos los tiempos y nos convierten en adultos tristes, resentidos y violentos.

Mi nombre es Simón, escribo recordando a Ana, mi hermana mayor, con quien compartí la infancia en Lejanías, una vereda fabricada al pie de la montaña, donde el caserío se mira en los espejos del río que canta sus monótonos sonidos de agua contra las piedras y arrulla el sueño en las tardes tranquilas y las noches de lluvia. Ana y yo vivimos la guerra.

Las rutinas en la vereda son las de todas las familias del campo: Mamá se levanta temprano a echarle maíz a las gallinas, el concentrado al perro, ordeñar las vacas y arreglar el desayuno para despacharnos para la escuela. Papá abre la tienda porque los clientes acuden muy temprano a comprar el pan, las arepas y los huevos para el desayuno. A las nueve de la mañana, pasa por la puerta de atrás de la casa, a otro mundo, se calza las botas pantaneras y acompañado por el casero y Tedy, mi viejo labrador, recorre los sembrados de papa, maíz, cebolla y cilantro. Mamá prepara los alimentos y atiende los oficios de

la casa. Nosotros asistimos a clases en la escuela y en los ratos libres, salimos de paseo con Tedy por todos los caminos y participamos de los juegos en el coliseo comunal. Siempre hemos vivido en la vereda Alegrías y mañana termina el año escolar. Han pasado diez años sencillos y felices de la infancia; no se entiende por qué se fueron tan pronto. Éste es el momento de prepararnos para iniciar la secundaria.

Los militares improvisan un cuartel, muy cerca de la tienda que abastece a vecinos y campesinos, aquí en el extremo de la vereda, donde se inicia el ascenso a la montaña. Aumentan las ventas y la zozobra. Se restringe el paso con el cierre de los caminos y desde las cinco de la tarde todos los pobladores deben estar en la seguridad, no asegurada, de sus hogares. No se permite el uso de linternas, velas, lumbres, ni fogatas; el servicio de energía es suspendido desde la subestación veredal a las cinco de la tarde.

Ana acostumbra subir al techo de la casa para espiar el movimiento de los soldados, los tanques de guerra y el desfile de hombres hacia todos los lados. Cuando la adolescencia entra en su cuerpo, parece haberse convertido en objetivo militar. Los soldados la provocan con sus piropos obscenos y los jóvenes oficiales incitan al rubor y a inocentes sonrisas. Ana entra en conflicto con papá y mamá, por su rebeldía; ella les reclama por la falta de atención y considera que aquel encierro sepulcral es la causa de sus silencios. Los únicos amigos que la visitan son dos compañeros de la escuela, con quienes entra en interminables cuchicheos.

Un día de tranquilidad, en el temor de las cinco de la mañana, cientos de muchachos armados emboscan a los soldados, los toman prisioneros, se apoderan de sus armas y ocupan militarmente la vereda. Ante los constantes combates tan cercanos a nuestras vidas y los anuncios reiterados de reclutamiento de niños, niñas y jóvenes; y para proteger la integridad de Ana, una mañana de Agosto, papá y mamá deciden que se debe emigrar a la capital, abandonar a Tedy, la tienda, la tierra, las vacas, y las cosechas.

¡La gran ciudad!... La prolongación de la guerra que nos convierte en desplazados, marginados, desconocidos hacinados en los salones de una escuela, donde se espera con impaciencia la llegada de las damas de la caridad que traen víveres, colchones, cobijas y ropa. El hambre y la miseria pululan en los sitios en los cuales los refugiados han encontrado un escape temporal para salvar la vida. La ciudad es enorme, es cruel y cobra su peaje. Como cuota de vida en esta nueva guerra, después de una misteriosa llamada telefónica, Ana desaparece una tarde lluviosa entre la bruma de la ciudad y el trancón habitual de los viernes... nadie vuelve a saber de ella, ni siquiera después de once meses, veinte días y quince horas.

Desalentados por la desaparición de mi hermana y ante el anuncio de algunos vecinos de la vereda, que hay tranquilidad en Alegrías, una madrugada de cielo estrellado se inicia el camino de regreso. Tedy nos recibe en el paradero de las chivas como si hubiéramos salido ayer; la tienda, la tierra, las vacas y las cosechas administradas en la larga

ausencia por “Pelaíto”, se encuentran como se dejaron. El casero da cuenta de todo y de la llegada una semana después de la partida de la familia, de una extraña comisión de jóvenes en sudadera negra, con la orden de controlar el cuidado de las cosas de la casa, los animales y los sembrados.

—Así se ha hecho durante todo este año —dice, mostrando las cuentas de la producción, las compras y las ventas.

El ejército deja un puesto de control con un suboficial y cuatro soldados, antes de marcharse de la zona. Otros militares distintos llegan portando brazaletes con la bandera como distintivo y otros nuevos militares, distintos a los anteriores, llegan con la consigna de cuidar los bienes de los desplazados. La confusión es grande porque los tres bandos en pugna usan similares insignias y hablan en iguales términos. Papá y mamá resuelven actuar con prudencia, atender a todo mundo y facilitar la ayuda que se les solicita por parte de las tres vertientes de combatientes. Asisten a las conferencias en el parque, gritan las arengas de ocasión y sienten que la paz se cuida cuando los guerreros se enfrentan en el billar o en el conversatorio de un tinto, sin presentarse, sin sospecharse y sin agredirse.

Una noche oscura de lluvias frías, llega un nuevo contingente de soldados; el avión fantasma pasa rosando los árboles del patio, asustando al perro y las gallinas. Sigue su vuelo hacia la montaña, mientras los lugareños temerosos vigilan por las hendijas de las ventanas o desde la imprudencia de los patios descubiertos. Los estallidos de las

bombas hacen temblar el suelo e iluminar el cielo. Cuatro horas dura el combate. Desde la montaña bajan las balas perdidas como tratando de encontrar un alma en pena.

En el pequeño parque del caserío colocan los cadáveres de los cinco soldados y los cinco guerrilleros, en lados opuestos. Era fácil calcular el precio pagado por defender la patria. Una joven guerrillera, de impecable camuflado, presenta una herida en el pecho. Todos la reconocen con asombro... ¡Anita!

Papá es condenado a veinte años de presidio por supuesta insurgencia. Mamá logra la libertad en pocos días. Se vende la tienda y la finca para pagar los abogados. Alegrías desde entonces es un recuerdo.

Actualmente se logra sobrevivir con el producto de la venta de estampas de santos y artículos religiosos en un puesto callejero frente a la iglesia catedral... solamente nos queda la compañía fiel del viejo Tedy y... un poco de fe...

B N B J K P H C S N
I B G S B G P S U S R M O M S N B
I B E R C U S L I B E R O P U R U S R M O N C U S L I B E I
B E R U S L M B E R O P U S P I A H O N C U S L M B E R
A F G S H F B A F G S A J L M H I N M S T O H F B A F G
I B E R C U S L I B E R O P U R U S R H O N C U S L I B E I
H F B M S T O H F B A F G S A J D K O P N M S T O H F B
X N B G X G N X N B G J A D S F K D F S J M X G N X N B
E M P U L A S E M P E R F G Z M V E H I C U L A S E M I

YO MAYOR EN IMÁGENES

B N B J K P H C S N
I B G S B G P S U SR M O M S N B
BERCUSLIBEROPURSRMONCUSLIBER
BERUSLMBEROPUSPIAH ONCUSLMBER
AFGSHFBAFGSAJLMHINMS TOHFBAFG
IBERCUSLIBEROPURUSRHONCUSLIBER
HFBMSTOHFBAFGSAJDKOPNMSTOHFB
XNBGXGNXNBGJADSFKDFSJMXGNXNB
EMPULASEMPERFGZMVEHICULASEMI

CUENTOS FINALISTAS

De perros y gatos
Por: **Mauricio Arango (Macario)**
Biblioteca Colsubsidio Calle 63

*“Te quiero porque eres la parte buena que se me perdió,
la que aún tenía fe”.*

Manuel Mejía Vallejo.

Francisco Vidal lo había pensado muchas veces. No sabía, o temía saber la razón para no haberlo hecho. Al fin y al cabo —pensaba— es tan normal morir como quitarse la vida; mucho más si lo que prefieres es morir. Sabía de muchas personas que murieron sin desearlo y sin darse cuenta; de muchas otras que, sabiendo que morirían pronto, sabían que sufrirían mucho y, cobarde o valientemente, acortaron por el atajo del suicidio; otras, sin haber pensado nunca en la muerte, la encontraron, de buenas a primeras, al paso del tren de la mañana. Todas estas reflexiones bien podrían ser un consuelo estimulante, convertirse en razones para desear acabar con la vida o para descartar por completo llegar a quitársela. Él, definitivamente, era más de los primeros, pero no de los que solo lo desean y lo piensan, sino de los que actúan. Sin embargo, se detiene siempre en las cavilaciones de cómo quiere hacerlo y en lo que sucedería después, cuando lo encontraran.

Ve desfilar a gusto a los que se sentirían culpables de que lo hubiera hecho, a los que con su indiferencia pudieron haberlo llevado a la depresión, al desespero final, o a la fría conclusión de que él se lo había planeado desde siempre y nadie habría podido evitarlo, o a los que pensaron que fue un cobarde, un loco, o sólo un bueno para morir por morir.

—¡Yo estoy por encima de todo; los demás, que se jodan! —tenía claro que, para él, mañana sería el día de quitarse la vida, como había sido el de su primera comunión, el de su primera vez, el de su primera borrachera, el de haber conocido a Aurora, el de amarla, el de haberla visto por última vez, y que no llegaría el de verla otra vez.

“¡Moriré hoy!” escribió ese día en el espejo empañado después de ducharse, como si lo estuviera escribiendo en las nubes. Aún no decide cómo hacerlo, ni en qué momento.

—Hoy lo haré; no sé si antes de desayunar, no sé si desayunar y esperar; también puedo hacerlo... antes del almuerzo... más tarde... después de la siesta, o... programado para que sea esta noche mientras duermo. Me da igual —habla solo.

En ese momento, se da cuenta de cuántos instantes caben en un día y de todo lo que puede suceder en las más mínimas fracciones de cada uno y entre cada una de ellas.

—Eso está bien. Hará más fáciles y menos apresuradas las cosas. Tengo mil instantes para escoger y cualquiera será bueno, porque será el mío; nada distinto logrará evitarlo. Los demás instantes, muchos o

pocos, ya no serán importantes, al menos, en lo que respecta a lo que ya sucedió sin remedio. Sin importar la manera como elija hacerlo, dejaré una nota... No... una nota no, es demasiado cursi. Aunque... una nota inconclusa sería emocionante y llena de la intriga, podría llevar a la sospecha de que fui asesinado —camina impaciente.

No quiere ser el autor cuestionable en la maestría del ingenio mortal, ni dejar escapar detalles en el proceso para lograrlo. La máxima maestría y el mayor ingenio están en la simpleza. Tan simple como para que concluyan, por ejemplo:

—Se lanzó, y punto, pero no. Lanzarme... no; no soportaría esperar el momento del... impacto. ¡Impacto!... No, no tengo un arma de fuego; lo haré de otra manera igualmente rápida.

Nada ha resuelto cuando es casi media mañana; ha desaparecido la sombra del antepecho de su ventana abierta. La cierra después de quitarse el reloj para lanzarlo a través de ella.

—Mejor en la sombra —desconecta el teléfono fijo, pisotea el móvil, y, sin querer, rompe el florero que está sobre la mesa—. No te desconctroles —se dice, y lamenta haber tirado el reloj, conecta de nuevo el teléfono, recoge los restos del florero y del móvil hechos trizas. Abre de nuevo la ventana y mira la calle cinco pisos abajo.

Va a la cocina: huevos, café, pan, mantequilla y fruta. Calentando el café piensa en el gas, ¡claro!...

—Moriré lentamente mientras duermo mirando la tele... No, esto no es lo mío.

Continuó con el café.

—Desayuna como un Rey, almuerza como un prin... no, no sé si llegaré a almorzar.

“Todo a su tiempo” se repite mientras continúa con el desayuno. Entre tantas cosas, ninguna había llegado a ser la última antes del ritual de quitarse la vida.

Mientras lava la loza se detiene mirando correr el agua. ¡Agua! Su madre lo trajo a la vida ¡en el agua!, será como regresar al origen, sumergido en el agua tibia de la bañera hasta quedar sin una gota de sangre en las venas.

Va, y abre la llave del agua caliente. En el espejo permanece su sentencia: “¡Moriré hoy!”. Se quita la ropa y va a su cuarto para volver a cerrar la ventana. Un vidrio del florero roto le hierde la planta del pie.

—¡Carajo!

Sangra copiosamente. Cojeando, va en busca de la manera de contener la hemorragia, cubre la herida y se pone una media.

—¡Detesto la sangre!

Cierra la llave del agua caliente.

—Tranquilo, tranquilo, no hay prisa —le quedan todavía muchos de los instantes redescubiertos antes de que sea demasiado tarde. Revisa si reconectó el teléfono, extrañaba que no hubiera sonado.

—¡Bah! No necesito hablar con nadie. Nadie quiere hablarme; pronto no necesitaré ni eso, ni nada; estaré como esta alfombra: extendido, inmóvil y cubierto de polvo...

—¿Cómo podré quedar así, inmóvil, extendido y cubierto de polvo? ¡No! No me atrae la idea; menos, lo del polvo. ¡Limpio! ¡Limpiamente! Caer desde mi ventana no dejará limpio el andén; prefiero salir en busca de un acantilado, caer en las rocas y desaparecer arrastrado por la marea sin dejar rastro. Nadie me encontrará. ¡Ya! El acantilado está cerca del restaurante de comida marina donde me abandonó Aurora. ¡Ahh...! Aurora... ¡Cómo te quise! ¡Y de qué manera!... ¡Te odio, Aurora! ¡No, lo importante es morir hoy! —acaba llorando.

Enciende la tele para calmarse. Nada que ver. Salta de la silla

—¡Cómo que nada que ver!; tengo a mi gata encerrada en el patio, muriendo de hambre mientras yo estoy pensando en suicidarme. ¡Qué me pasa! ¡Yo amo a mi gata! Mi gata no tiene alimento; no podrá vivir sin mí. ¡Maldita gata!

Decide ir por el alimento. Vuelve al cuarto de baño, se afeita la barba que lo caracteriza, continúa rapándose la cabeza. “Ahora soy menos yo”, piensa. Se viste, se pone una gabardina, una bufanda que le cubre hasta el borde inferior de las gafas oscuras, se cala un gorro de lana y sale, cojeando al pasar por la portería. Va al Súper a comprar la Gatolina Plus con omega tres, para Cleopatra. Todos lo miran raro; hace un calor de mil demonios.

Al regreso, recuerda: “Dicen que tener un gato, un canario o un perro, y amarlos, prolonga la vida. Quizá tengan razón”.

—A mí, tener a Cleopatra me está complicando las cosas, y prolongar mi vida no es propiamente lo que busco ahora.

Involuntariamente recuenta las otras cosas que podrían prolongar la vida: hacer ejercicio, desayunar como un rey, almorzar como un príncipe, cenar como un mendigo, beber una copa de buen vino con cada comida; tocar un instrumento, cantar, reír, fantasear, amar, hacer el amor.

—¡No! No. ¡Moriré hoy!

Pasa otra vez cojeando por la portería, entra y suena el teléfono, sacándolo de sus cavilaciones.

¿Respondo o no respondo?... Suena de nuevo. Responde:

—¿Quién habla?

—Buenas tardes, señor... perdón, señor; no entiendo su nombre en el recibo del alimento para perros que llevé hace unos momentos.

—Perdón; ¿alimento para perros? Yo lo quiero para mi gata.

—¿Su gata señor? No entiendo señor, usted llevó una bolsa de alimento para perros... señor...

—Vidal, Francisco Vidal.

—Sí, señor Vidal... tal vez tuvo una confusión y llevó para su gata lo que es para un perro. Sí, señor. ¿Ya lo usó?

—No señor, ¿Le hará daño?

—No, no, señor, para nada, señor; fue nuestro error y podemos cambiarlo.

—Cómo se lo digo... muchas gracias, pero... no me siento muy bien y no quisiera salir de nuevo.

—Sí... señor Vidal, así se veía usted, señor. No se preocupe,

podemos enviárselo. ¿Le parece? ¿Está ahí, señor Vidal?

—Sí... Bueno. Muchas gracias.

—Por nada señor Vidal, disculpe la molestia; sí señor... señor Vidal, ¡Feliz tarde!, que se mejore señor Vidal.

—¡Feliz tarde señor Vidal! ¡Que se mejore señor Vidal!, ¡No me faltaba más! Cuando no quiero ser ni señor, ni Francisco, ni Vidal, ni ser feliz, ni mejorarme; lo que quiero es morirme —arranca el teléfono.

Se pasea visiblemente exaltado y tomándose la cabeza. La vida se le revuelve adentro.

Suena el citófono:

—¡Ahora qué, que siga!... ¡No estoy para nadie más!

Pierde el control, y rompe el aparato.

Llaman a la puerta tímidamente. Abre apenas lo necesario, ocultándose y, aún camuflado en su disfraz, muestra el paquete de comida.

... Silencio... Nadie le recibe ni le entrega nada. Extrañado, abre totalmente la puerta.

—¡Aurora!

—¿Francisco?... Amor... ¡perdóname!

Se abrazan.

Cleopatra maúlla en el patio.

El medio pollo

Por: José Humberto Gómez

Biblioteca Colsubsidio Calle 63

Una madre muy pobre tenía dos hijos varoncitos y una gallina solitaria en el patio de su casa. Para ganar el sustento, la madre arreglaba la ropa de sus vecinos, quienes estaban muy agradecidos con ella y le pagaban mucho más de lo que valían sus servicios. No obstante, la vida resultaba muy triste para ellos y nada era suficiente para alegrarlos, salvo el día en que la gallinita puso un hermoso huevo en un rincón de la casa. El mayor de los niños pidió de inmediato que fritaran ese huevo y se lo sirvieran en un plato. Mucho tuvo que rogarle la madre para que desistiera en su empeño, pero al final lo convenció con este argumento: «Hijo mío, el huevo no es tuyo solamente; la mitad es para ti y la otra mitad para tu hermano Abel». De ese modo, entre los tres decidieron esperar a que la gallinita pusiera más huevos y luego los repartirían. Pero pasaban los días y el huevo seguía solitario en el rincón de la casa. Y llegó la hora en que la gallinita se puso clueca y no quiso abandonar a su único huevo; la madre le hizo un nido con ameros secos de maíz y todos esperaron los 21 días que son necesarios para empollar los huevos de gallina. En el día señalado, al atardecer, la gallinita ya no estaba sola porque salió al patio acompañada de un

pollito muy robusto, color amarillo, con el pico y las patas rosadas.

Grande fue la alegría en la casa porque la noticia se regó por toda la población y mucha gente mandaba maíz picado, harina, arroz y otros alimentos para el pollito que la madre preparaba para las tres personas de la casa. El pollo fue creciendo a la par de los niños hasta que se asomaron dos botones en las espuelas de sus patas y una cresta muy lujosa sobre su cabeza. Abel estuvo más cerca del pollo durante la crianza, de manera que permanecían siempre juntos, hasta el día en que empezó a hacer intentos de cantar y tuvieron que sacarlo de la alcoba, porque de madrugada aleteaba como un tambor y sonaba el clarín desafinado de su garganta. Era un “kógoro—yó” que a veces salía con otras vocales desordenadas y le daba mucha risa al niño Abel. Lo pusieron a dormir entre las ramas de un limonero, protegido de la lluvia y de las alimañas por la copa y las espinas del árbol, pero el aire libre hizo más lujoso su plumaje y lo ayudó en su aprendizaje musical porque los otros gallos del contorno contestaban a sus gritos y entre todos hacían del amanecer un fandango con banda papayera.

Un día inesperado, Manuelito, el mayor de los dos, anunció a su madre su decisión de salir a “rodar tierras”, que es como ir a buscar trabajo y aventuras en otros países para volver rico a casa. «Madre —le dijo— quiero el medio pollo que me corresponde, para comer durante el viaje que me espera; nada quiero dejar aquí, no sea que Abel lo tome para él todo entero». La madre tuvo que inventarse una solución al conflicto porque Abel no quería que matasen al pollo ya que él no via-

jaría todavía. «Le quitaremos al pollo una pata y una ala, sin matarlo, y yo le daré a Manuelito esta moneda de oro por la parte restante, de tal suerte que Abel conserve su medio pollo vivo». De mala gana aceptó Manuelito el arreglo y le dio ira cuando se enteró que la moneda de oro la había dejado el difunto padre para algún caso de urgencia en la salud de la madre. Esa moneda le tocaba a él de todos modos, por ser el mayor; él quería todo para sí mismo sin pensar en la familia.

Hizo la madre la operación al pollo, lo dejó bien curado y preparó las tres presas para Manuelito, (pierna, pernil, ala) quien se ausentó de la casa muy alegre con la vianda y su moneda de oro cosida por dentro de la mochila para ocultarla bien. Abel cuidó de su medio pollo vivo, día y noche, lo trajo a dormir nuevamente a su alcoba, porque desde ese día el medio pollo no volvió a cantar a ninguna hora, como si la otra mitad se hubiera llevado el canto. Otra cosa muy difícil para el medio pollo fue volver a caminar porque le faltaba un tranco para completar el paso, así que le tocaba andar a saltos, sin abrir su única ala.

Se llegó el día en que Abelito anunció su salida a “rodar tierras” y la madre casi se desmaya; de Manuelito nada se sabía, como si la tierra se lo hubiera tragado. Y pensaba la pobre madre en la suerte del medio pollo, sin saber qué le iba a suceder ahora que Abelito iba a viajar. La noche anterior al anuncio, Abelito tuvo un sueño muy raro: el medio pollo con su única ala extendida le había dicho: «Ya es tiempo de irnos a rodar tierras; pide a tu madre una mochila para mí y nos iremos juntos». Al amanecer, Abelito se enfrentó al medio pollo y le

dijo: «Anoche soñé que me hablabas, ¿es verdad lo que me dijiste?»; el medio pollo asintió con la cabeza y de ese modo supo Abelito que solamente en sueños podía hablarle, aunque despierto sabía decir «sí» o «no» moviendo la cabeza. «Ahora entiendo por qué se te olvidó cantar; estabas aprendiendo nuestro idioma para hablarme» le dijo al medio pollo y le acarició la cresta.

«Madre: necesito una mochila para llevarme al medio pollo vivo; será mi compañero de viaje»; la madre respiró aliviada y se puso a fabricar la mochila en el telar de las hamacas, no sin antes advertir: «En esos caminos hay muchos zorros hambrientos; no podrán dormir tranquilos, aunque es cierto que tu medio pollo no canta». En otra mochila pequeña, Abelito llevaba granos para alimentar al medio pollo, una honda cauchera, piedras chinas, hilo de tejer y dos limones. Camine que camine, se fueron por el camino de oriente; camine que camine, el medio pollo iba en su mochila con la cabeza por fuera; camine que camine, descansaba Abelito en las sombras de los árboles grandes; camine que camine, con un garabato que llevaba recogía las frutas maduras; camine que camine, dormían encaramados en las ramas con horquetas; camine que camine, Abelito mataba torcazas y las asaba a la orilla del camino; camine que camine, había agua limpia en todos los arroyos para beber, bañarse y lavar la única muda de ropa que tenía Abelito; camine que camine, el medio pollo le hablaba en sueños a su amo para responderle a sus dudas; camine que camine, Abelito perdió la cuenta de los días que llevaban caminando; camine que camine, lle-

garon las lluvias del invierno y dormían bajo los puentes; camine que camine, el medio pollo comía de las cosechas que encontraban en el camino; camine que camine, los viajeros le preguntaban: «¿Vendes el gallo, Gallo?» y Abelito contestaba: «No, Gallo»; camine que camine, un tropel de caballos hizo que Abelito se orillara del camino. Eran guardias del Conde Malatesta que lo rodearon y le preguntaban «¿Quién eres?», «¿A dónde vas?», «¿Qué llevas ahí?», «¿Andas sin perro?», «¿No tienes ropa?» y se acabó el camine que camine.

El muchacho habló con claridad: «Soy Abel de los Ríos, ando rodando tierras, éste es mi gallo de la fortuna, no tengo perrito que me ladre y a donde llegue me esperan con ropa nueva». Volvió a preguntar uno de los jinetes: «¿Has perdido tu caballo?». «En verdad, jamás he montado una de esas bestias; soy de a pie como lo era mi difunto padre», respondió Abel sin vacilar. «Aquí está tu caballo; sigue tu camino en él y llegarás al castillo del Conde; nosotros seguimos buscando más jinetes». Lo ayudaron a montar, con sus dos mochilas y el garabato. Le dieron una palmada en la grupa del caballo, que salió en volatería hacia su caballeriza. Y corre que te corre el caballo, no había manera de pararlo, de día y de noche; y corre que te corre el caballo, no comían ni bebían los tres: el caballo, el medio pollo y Abelito, y corre que te corre el caballo, hasta que Abelito despertó en una caballeriza, tirado en un montón de paja, pero sin sus mochilas ni el medio pollo a su lado. Había guardias en la entrada, quienes al verlo despierto lo llevaron a una habitación lujosa, le ordenaron que se bañara y se

pusiera ropas nuevas; así lo hizo Abelito y luego lo llevaron al Salón de Armas del Conde.

«Soy Malatesta; el ave que traes contigo es el emblema de mi escudo» y se lo mostró colgado detrás de la silla tribunal. Abelito quedó asombrado; efectivamente, el escudo del Conde tenía un gallo de perfil y por eso solamente se le veía un muslo con la espuela y un ala extendida, la misma que tenía su medio pollo. Abelito quería recuperar a su amigo el medio pollo y le contestó así: «Señor Conde; quizás no le sirva de nada porque mi gallo no canta, es mudo». Malatesta maravillado le dijo otra vez: «Verás que vivo en el Castillo del Silencio; no hay aquí clarines ni campanas; mis tripas, perdón, trapos; digo, tropas, mis soldados, no gritan ni cantan en los cuarteles; no hay trompitas, digo, trompetas, ni tambores; solamente la música del viento y de la lluvia en los cristales; acaso los cantos de los pájaros y las voces de los animales». Impaciente, Abelito pidió al Conde que le devolviera su ave emblema, el medio pollo, que era lo único que tenía suyo de veras. «Tienes el Caballo Incansable, ropa nueva, este par de alforjas nuevas de cuero y el perro Rompe Cadenas que te doy de guardián; quédate unos días y te vas ya descansado». Abelito aceptó con la condición de pasar esos días, acompañado en su habitación por el ave emblema, su medio pollo, y el perro Rompe Cadenas.

Esa noche, durante el sueño, el medio pollo le dio estas instrucciones: «Te irás de aquí cuando yo haya llenado tus alforjas con monedas de oro. Primero debes llenar las dos mochilas, la tuya y la mía, con

piedras chinas, diciendo que son para cazar torcazas en el camino. A nadie dirás lo de nuestras conversaciones en los sueños». Abelito salió al campo por la mañana bien temprano y regresó al mediodía con las mochilas repletas de piedras chinas y una docena de torcazas que llevó a la cocina para que fueran servidas en la mesa del Conde. El medio pollo andaba saltando por todo el castillo porque había órdenes de no molestarlo y abrirle todas las puertas a donde quisiera entrar. Así fue cómo conoció el Salón del Tesoro, todo lleno de joyas, vasos de oro y plata, monedas de oro, baúles con piedras preciosas, armas riquísimas, telas orientales; las monedas reposaban en unas tinajas de barro cocido, recostadas en los rincones del salón. Podía el medio pollo entrar sin abrir la reja porque su cuerpo cabía cómodamente entre los barrotes y los guardias no hacían caso del visitante saltarín; más bien le tenían cierto respeto por ser el ave emblema del Conde. El perro Rompe Cadenas andaba siempre junto a su nuevo amo, quien lo alimentaba con su propia mano para asegurarse de su amistad y lealtad.

Todas las noches, en la hora más pesada del sueño, el medio pollo entraba al Salón del Tesoro, picoteaba en las tinajas y se tragaba al menos cincuenta monedas de oro; luego regresaba a la habitación de Abelito donde se echaba a ponerlas como si fueran huevos; antes del amanecer Abelito las iba colocando en las alforjas y al salir el sol se iba por los campos vecinos para no alterar la costumbre y darse confianza con los guardias. Cuando las alforjas estuvieron hasta la mitad, Abelito anunció su viaje de regreso a casa; el Caballo Incansable fue

aperado, el perro Rompe Cadenas andaba ansioso por salir y el cocinero les dio dos panes para llevarlos en las alforjas. En la última puerta del castillo, antes de tender puente, el jefe de los guardias quiso saber qué había en las alforjas; Abelito le dijo: «Un pan en cada alforja, y debajo de cada pan las piedras chinas para cazar torcazas»; uno de los guardias palpó por encima y le hizo una señal afirmativa al jefe, quien ordenó bajar el puente, y salieron caballo, jinete y perro. Abelito miró hacia la muralla y pudo ver al Conde Malatesta, junto a su ave emblema, diciendo adiós con ambas manos.

La esperanza frustrada
Por: Stella Vallejo de Arana
Centro Cultural de Cali, Sala Borges

Las vecinas oyeron un grito seguido de lamentos muy fuertes. El silencio posterior las alarmó aún más. Tocaron en la casa verde de al lado y encontraron a Graciela tendida en el suelo con sollozos entrecortados. Los cinco niños alrededor asombrados entre bostezo y bostezo.

Una de ellas preparó un agua de toronjil que le dio a Graciela quien, entre llantos y lamentos, les comentó que había recibido un telegrama que le anunciaba la muerte de su mamá en Tuluá.

–¿Cómo viaje? –dijo sollozando.

–Los pasajes son muy caros y Pedro está trabajando. Sólo llega a la tarde. De Cali a Tuluá son cuatro horas de viaje –añadió Lucrecia.

–¿Los niños los lleva? –preguntó Alicia.

El coro contestó:

–No se sabe.

La mañana transcurría con un calor y una claridad que obligaba a abrir puertas y tribunas. Entonces los fueron bañando, uno a uno. Los vistieron hasta con ropas prestadas y les cortaron las uñas. Estaban bien peinados, lucían como de paseo.

De las casas de al lado, del frente, fueron llegando los desayunos

que los niños y la madre consumieron hasta dejar los platos limpios.

Los oficios domésticos seguían su ritmo normal en manos de las vecinas, pues de rato en rato Graciela perdía el sentido, el cual recuperaba entre sorbo y sorbo del agüita de toronjil. Los niños jugaban bolas, aplastaban tapas para un zumbambico, sentados en el patio recién barrido.

Hacia las doce del día fueron llegando los viandas con almuerzos para toda la familia: sopa de lentejas, arroz, carne desmechada, agua-panela. Los niños pudieron repetir porciones y regresaron a sus juegos.

Graciela reposaba en el aposento con olor a albahaca y comentaba que en ocasiones recibía noticias de su familia porque algún pariente llamaba al cuartel de los bomberos o la policía. En el patio se escuchaba un eco lejano: “En el seno de mi hogar hay, buen Jesús, penas muy hondas y secretas”.

El calor del mediodía dejaba caer su acento sobre los corredores, dos matas de anturios y una de geranio que aromaban el sueño del niño menor que dormía en un escaño. Al despertar relató que había soñado estar en la rueda de Chicago y, cuando estaba en lo más alto, tres toques fuertes en la puerta lo despertaron. Era Alicia que había salido a “darle vuelta a la casa”. Ante la orden de “vaya niño al patio”, obediente salió a reunirse con sus hermanos quienes, entretenidos, escuchaban a lo lejos: “Aquí estoy en Purgatorio de fuego en cama tendido...”.

En los corredores, las vecinas hacían cábalas sobre la hora del en-

tierra, que si ese mismo día, que si al día siguiente, por la mañana, por la tarde. La puerta que da a la calle se abrió con estrépito. Vueltas las miradas hacia ella vieron entrar al inquilino del cuarto contiguo al de los niños.

Allá adentro Graciela preguntaba incesante por Pedro, ante lo cual las amigas sólo respondían con una mirada expectante entre ellas. Algunas le hacían masajes para aliviarla de las continuas contorsiones que, según su propio relato, también había tenido estando soltera en su pueblo natal, La Virginia. Los padres la llevaron donde una curandera quien le suministró unas pócimas de verbena con valeriana y se curó hasta el presente. En uno de los intervalos de la dolencia conoció a Pedro en una caseta de los festivales populares. A él le llamó la atención los rápidos quiebres de ella al bailar. La invitó a danzar varias piezas, supo dónde vivía y después de un corto noviazgo se casaron. Él era el mensajero en la oficina de Telégrafos y, a los ocho meses de matrimonio, fue trasladado a Cali.

—Su trabajo termina a las cuatro de la tarde, pero él llega aquí a las seis y, ¿a qué hora vamos a viajar? ¡Virgen del Carmen ayúdame! —anotaba Graciela.

—El viaje de noche es muy difícil y se hace más largo —apuntó Lucrecia y continuó—: Son las tres de la tarde. Deben darse prisa para que alcancen el entierro. Cuando murió mi madre yo llegué cinco minutos antes de sacar el cadáver de la casa, sólo alcancé a verla y no vi a mis hermanas y a mi padre.

–Yo quiero llegar con tiempo. Necesito ver a mi familia –replicó Graciela–. Mi madrecita no estaba de acuerdo con el viaje para acá. Decía que él podía seguir trabajando allá o, en caso de necesidad, podía poner una tienda. Pero como el traslado era una orden tuvimos que venirnos.

–Es la vida de los pobres –interrumpiendo estas palabras de Alicia se oyó un ruido en la entrada y apareció Pedro sofocado y con aire de premura.

Graciela exclamaba:

–¡Gracias Dios mío!, siquiera llegaste.

–¿Qué desgracia ha ocurrido?

–¡Murió mi madrecita!

Pedro malhumorado respondió:

–¿Por qué este escándalo? ¡Deje la algarabía que no ha muerto su mamá, sino la mía! ¡Arrégleme la maleta y me echa la escritura de la casa de mi mamá!

La voz airada del padre acalló los gritos de los niños y rato después se oyó un golpe duro en la puerta de salida a la calle.

Temblor en Yaburí

Por: **Diego Tenorio Conde**

Biblioteca Temática del Deporte y la Recreación

Cuando uno está cansado de tanto trajinar, por tanto tiempo, y siente que lo vivido y cada una de sus épocas se amontonan y pesan en el estrecho espacio de la cabeza, y mira en derredor y lo único que lo acompaña son ausencias y recuerdos, la conclusión es que se está tocando fondo en el puerto de la cuarta edad. Todo parece vida ajena, todo parece un libro leído y adoptado como vida propia.

Por eso hoy ya no estoy tan seguro; no sé si me lo inventé o si realmente Eduardo estuvo conmigo en los acontecimientos que no estoy seguro si vivimos. Por eso quiero escribirle una carta para preguntarle eso y para hablarle sobre la duda que me quedó y me está rondando la cabeza desde hace sesenta años. Por eso, antes de escribirle, para aclarar mis ideas, quisiera dejar consignados en este cuaderno cada uno de los hechos como los recuerdo e intentar contarle, en la carta, que día y noche braceo como un nadador desconcertado en medio del tráfago de los recuerdos que galopan sobre mis delirios.

Sin embargo, dudo, no sé si le escribí una primera carta. Obvio, tampoco sé cuándo. Por eso creo que lo pertinente es hacer como que seguimos en conversaciones y escribirle una segunda para dejar todo

aclorado y continuar sin más demora. (¿Continuar qué?). Una carta me permite –pues combina ausencia y presencia– desembuchar todo lo que desde mi pasado más antiguo me hincha las tripas, y resolver las dudas que me perturban.

Bueno, empiezo. Esta mañana decidí que te escribía esta carta, Edu, porque entonces aún me acordaba del tema que me obsesiona; pero al ratico fui a mirarme en el espejo a preguntarme ¿el qué? ¿Cuál? Tranquilo, no te preocupes que, como toda obsesión, siempre regresa: ya lo recordaré cuando haya avanzado en estas reflexiones. Sé que tiene que ver con magia o con milagros. Ah, ya sé. ¿Te acuerdas de Rosa Milagrosa? Claro, cómo no, si ese fue el año de mi primer encantamiento.

Ese fue el único año que llegó el espectáculo de Disney sobre el hielo a Yaburí, nuestro ‘pueblo natalicio’ como lo apodabas. Sobre eso trata mi inquietud. Y está concatenado todo porque el espectáculo, que nunca más volvió, nos dejó de herencia a Rosa Milagrosa. Los hombres la acogieron con reverencia, pues la conocían desde un mes antes, cuando manos misteriosas pegaron propagandas por todas partes propalando que la ‘Reina del hielo’ era dueña de sublime belleza y de certeras artes adivinatorias. “De día divertimos a sus niños y de noche le vaticinamos sus futuros y lo divertimos a usted” decían los carteles en letras grandes entre un par de rollizas piernas enfundadas en medias caladas.

Voy a tener que repasar todos los acontecimientos muy por encima,

para llegar rápido a la pregunta que te quiero hacer sin perder el hilo.

Primero sus manos. ¿Recuerdas sus manos? ¿Recuerdas de la primera reunión que tuvieron, en la que metió a todos los cacaos en la carpa pequeña de las dos que abandonaron los del espectáculo, te acuerdas que nos colamos por el hueco que ocultaba la lona bajo el heno de las mulas dizque porque teníamos que gozarnos el discurso de la única mujer que se había atrevido a citarlos haciendo gala de masculina autoridad? ¡Con las manos los engatusó! Los Angulo, los Arango, los Aristizábal, los Echavarría, los Jaramillo, los Piedrahita, los Restrepo, los Santos, los Sarmiento, los Vélez, los Villegas... a todos ¡se los embolsilló! Después le bastó un mes para dejarlos viendo un chispero.

Recuerdo que me dijiste: “yo tengo que besar esas manos”. Yo te miré asustado pensando que habías enloquecido. La diferencia de seis años entre los dos no se nota ahora, pero en aquellos tiempos era abismal. Yo creía que mi pirulí sólo servía para orinar. Tú en cambio, con tus dieciocho, ya tenías la zozobra del mismo origen pintada en el acné. De ahí viene mi pregunta.

Me enseñaste a quererla mi amigo. En tus ojos, con el gesto de calcar sus manos en tus manos, en el ladear tu cabeza como animal apaciguado, con todo tu cuerpo entregado a una quietud expresiva, me llevaste con ánimo contenido por los tremedales, por los abismos dulces y estremecedores del deseo carnal. Te miraba y la miraba. No entendía cómo ni por qué pero en ese instante me adentré en los de-

lirios enajenantes y voluntariosos del sexo y me dije: “yo también”. Besar sus manos y sus pies y su piel y enredarme en su risa y perderme entre la selva de su pelo y pintarme la piel con sus ojos y cubrirla con mis manos y achucharme en el último rincón de su abullonado cuerpo.

Volviendo al recuerdo, los engatusó con el aletear de sus manos como hacía en cada pueblo donde arrimara el espectáculo; con nosotros decidió quedarse cuando se enteró, por chismes de entre tiendas, que en Yaburí tenían asiento las mayores fortunas de Antioquia y, por tanto, de Colombia. “Hasta el presidente tiene aquí una casita a donde llega de incógnito a reunirse con el club de los cacaos para ver qué tierras o qué recursos naturales o qué honras se les vende a los norteamericanos” la escuché una vez confiar por el teléfono en la garita de Telecom.

Les leyó la mano o el pucho o el poso del té, a cada uno aparte, logró convencerlos de meterse la mano al bolsillo y mientras más hondo, mejor. Prometía que el agraciado participaría en una empresa pionera para bien de la humanidad y que estaba predicho que el lanzamiento de la primera nave tripulada a Marte sería desde un sitio distinto a los United States, desde un paísito del tercer mundo. Les tocó la fibra de la codicia y la avaricia con la promesa de tomar posesión y urbanizar el planeta rojo: una promesa de lujuria garantizada.

Les pidió un mes para mostrar la obra y un año para presentar resultados técnicos, y ninguno tuvo la malicia para considerar irrisorios

los plazos para semejante empresa. Puede ser que para esa primera etapa no prometiera tanto como supongo. En todo caso, supo armar su escenario en terrenos cedidos por la alcaldía. Hizo excavar una piscina de cuatro fanegadas por cuatro metros de profundidad que, tú me explicaste, era para que el fogaje de las turbinas no se regara e incendiara el pueblo. Como bien sabes, hizo cortar la lona de la carpa grande para cubrir la estructura con una colcha de retazos que se alzaba en bloque como un edificio de cinco pisos. Por una entrada pequeña se metían ella, su comitiva y sus cien obreros. Sobre la entrada se leía un letrero que vetaba: “Se prohíbe la entrada de perros, de niños y de yaburimensos”.

Dormía mal, temeroso de no levantarme a tiempo, antes que ella. Llegaba corriendo a la casa que le dio la alcaldía para sacarla de la pensión que había contratado el espectáculo sobre el hielo y donde ella se quedó cuando se fueron. Esperaba sentado en el andén de enfrente; llegaban y entraban siempre presurosos el maestro de obra y una secretaria. Día y noche, los acompañaba desde el hotel hasta la obra, Rosa Milagrosa salía con los dos detrás y con pasos imperiosos se dirigía al lote donde se levantaba la estructura de despegue. Pero antes, por un segundo eterno, se detenía y me lanzaba una mirada compasiva. Luego reanudaba su rápida marcha y yo me unía al grupo, detrás, lelo, zonzo, mirándole las hermosas piernas y la grupa que movía con un balanceo redondo, acompasado, más hipnótico que sus manos.

Un crepúsculo de fuego, faltando un par de días para cumplirse el mes, Rosa Milagrosa se volteó hacia mí al llegar a su casa, me puso su alada mano en el hombro y me dijo: “Tú ven conmigo Ojotes. Quiero que me hagas un favor”, y despidió a su pareja de acompañantes. Con más miedo que zozobra entré a su casa empujado por las manos de mi amor, Eduardo... también tu amor.

A eso iba, ese era el motivo de esta carta, quería preguntarte: ¿finalmente le besaste las manos?

Pero no quiero seguir escribiéndote desde este cuaderno sino continuar, o mejor, empezar a escribirte la carta para enviártela por correo. Es que me da pudor amigo: siento como que te robé algo y decirlo dos veces es como lanzar el rugido de victoria y satisfacción de Tarzán y los grandes monos. Sería como decirte “¡yo sí pude!”, yo sí me refocilé eléctrico de energía, vibrante de fuerza desconocida y delirante de poder dominador sobre ese cuerpo que tú deseaste con empecinado ardor de adolescente, pero que dudo que tuvieras.

Yo sí. Y el resto: entramos a la casa por un corredor adyacente a un patio grande, enjalbegado con geranios, y después de pasar varias puertas llegamos a un salón espacioso que debió ser la sala, pero que habían acondicionado para servir de alcoba. Olía a rosas y a jazmín y en el centro del recinto se hallaba una cama amplia, redonda, con cuatro columnas de madera labrada sosteniendo un dosel de donde colgaba un mosquitero. A su lado, un tocador y una silla de madera.

Rosa Milagrosa apartó el mosquitero y se recostó en los cojines que ocupaban un cuarto del círculo de la cama. Me señaló la silla mientras

se recogía la falda un poco mostrándome el panorama más hermoso que yo había visto en mi vida, y me habló adornando sus palabras con el aleteo de sus manos que llevaba de la boca a los senos lenta pero repetidamente, como entregándomelos: “Ahora sí, Ojotes, dime lo que quieres de mí”.

Sentí como un terremoto chiquito que arrancaba de mis ijadas y se iba regando en oleadas por mis piernas y mi estómago y presentí que se iba a volver violento y que ya iba a empezar a brincar como epiléptico sobre la silla. Por disimular le dije:

–La tierra tiembla Rosa, se soltó el cohete, Yaburí se mueve.

–Sí pero no temas y ven aquí nené, yo tengo el poder de calmar volcanes. En mí se aquieta Yaburí.

también sufro. Hija, tu madre fue una mujer muy buena, una hija ejemplar que siempre cuidó de mí, hasta que Dios la llamó.

Natalia siempre cargó con la culpa de no haber podido conocer a su madre, ya que al nacer y, mientras ella salía de sus entrañas, su corazón se detuvo para siempre. De su padre nunca se supo, tal vez, como dice la abuela, sea uno de esos cobardes que huyen y sólo regresan cuando su piel se marchita y el dinero se acaba.

Desde muy niña, mañana, tarde y noche, Natalia se sentaba en las piernas de su abuela para que ésta le contara un cuento, un cuento de esos que, sin saberse cómo, la venerable anciana inventaba con la misma rapidez con que hacía sus oficios caseros. Pero... cada vez que la abuela la quería bajar de sus piernas, aquella diminuta figura, portadora de unos rizos dorados, ojos azules y zapatos de charol, exclamaba, “¡abuela no te vayas!”. Sí, la alegría en aquella casa era la voz de la abuela con sus cuentos.

Con insistencia aquella niña flaca y desdentada, a quien el ratón Pérez no le había saldado la deuda de sus últimos despojos, decía a viva voz:

—Abuela, cuéntame un cuento.

—Natalia, mi amor, tengo mucho por hacer

—Sólo uno abuela, sólo uno por favor.

Con la ternura de siempre, aquella mujer cogió la niña por las axilas y la sentó firmemente en sus piernas. Pero, al terminar los fantásticos relatos de seres irreales, ocurría lo mismo, aquella nieta encantada con tanto drama y emoción, siempre exclamaba “¡abuela, no te vayas!” Tal vez la paciencia, conjugada con el amor a su nietecita,

hacía que ésta siempre le contara un cuento más. Ese “¡abuela no te vayas!” era el gancho encantador.

—Ya no más mi amor, vas a agotar mi imaginación, dejemos algo para mañana.

Mientras Natalia crecía y su abuela se achicaba más y más, con el paso de los años, lo único que permanecía intacto era ese aire de asombro y fantasía al escuchar aquel sonoro estribillo que decía “y... colorín colorado, este cuento ha terminado”.

Un día, un día raro y extraño, la lluvia desapareció abruptamente dejando las calles y fachadas de aquel barrio humedecidas. Sentada en su mecedora en aquel patio de baldosas ajedrezadas, la abuela se veía triste, tal vez algo sucedía. Con su caminar coqueto, luciendo sus caderas y piernas de diosa adolescente, Natalia se sentó, sin ser invitada, en las piernas de su abuela y le dijo como siempre.

—Abuela, cuéntame un cuento.

Sin saber cómo, aquella anciana que se apagaba como la luz de una vela, abrazó a su nieta con tanta fuerza, que la destartalada silla se estremeció con el frío de la muerte. Sí, con su nieta cargada y abrazada, aquellos ojos mágicos se apagaron para siempre. En cuestión de segundos, Natalia comprendió lo que sucedía y empezó a gritar,

—¡Abuela no te vayas!... ¡Abuela no te vayas!...

Al día siguiente, un día también raro, tímidamente el sol caía en aquella tarde fúnebre, cuando el corazón de todos se partía, viendo la doncella, que otrora reía, ahora recostada sobre al ataúd de su abuela diciendo, entre lágrimas y sollozos:

—¡Abuela no te vayas!

De Gardel el Sombrero
Por: José Emilio Betancur Pérez
Parque Biblioteca Belén

*Bajo el ala del sombrero
cuántas veces, embozada,
una lágrima asomada
yo no pude contener.*

***Fragmento del tango Cuesta Abajo
Carlos Gardel- Alfredo Lepera***

Tenía la pura pinta de un compadrito argentino bonaerense según los dibujos de las carátulas de los long plays de tangos, era el sastre preferido de los camajanes de las barriadas de la ciudad de Medellín, desde Boston hasta el alto de Aranjuez-Berlín. Coleccionista irredimible de música argentina hacía honor a su apodo de Gardelino, por ello y por su culto apasionado por Carlos Gardel, de quien decía poseer el auténtico sombrero rescatado del nefasto accidente en el aeropuerto Olaya Herrera.

Los lunes, lloviera o tronara, Gardelino o José María Montoya bajaba por toda la 45 del barrio Manrique tirando paso del bueno, no le faltaba sino pareja para milonguiar hasta el estadero Palos Verdes

en donde se tomaría los primeros aguardientes del día.

Siempre me inquietó el enigma ese del sombrero. Sería verdad tanta dicha. A pesar de que me inventé la disculpa de la confección de unos pantalones, no le pude sonsacar la verdad en torno al sombrero de Gardel que decía poseer y que nadie aseguraba haber visto en vivo y en directo. Sin embargo, la excusa de los pantalones me sirvió al menos para darle un vistazo a su colección de discos, observar las fotografías de los tangueros de la vieja guardia, en especial del Zorzal criollo, las letras de algunas melodías famosas de ese entonces, la radiola Philips –la original holandesa– y el sombrero... nada. Al preguntarle, como quien no quiere la cosa, me miró de soslayo y con una enigmática sonrisa me respondió que por ahí está seguro hasta su muerte.

Deberé confesar que mi Tangolatría nació allí entre telas, trajes a medio hacer, el olor a guaro y la repetición hasta el cansancio del tango *Mi noche triste*, interpretado por el morocho del Abasto. Ni los años, ni The Beatles, ni Elvis Presley pudieron borrar los efectos intensos de aquella experiencia evocadora de nostalgias y reminiscencias. Así me hubiese quedado con las ganas infinitas de palpar con mis dedos o... con mi cabeza, el sombrero de Carlos Gardel.

La marcada indiferencia de la juventud me condujo por otros lares y hasta aquellarres, dejando en el rincón del olvido la vivencia con Gardelino, sus trajes, sus melodías, sus aguardientes brumosos, sus tangos arrabaleros y el misterio sobre el sombrero gardeliano, hasta que un encuentro ocasional con un amigo de aquel entonces nos hizo

revivir aquella época indescifrable, obligándonos a rebobinar el pasado y, sobre todo, a constatar qué había sido de Gardelino y, por supuesto, del misterio sobre el sombrero de Gardel. No fue nada fácil. El barrio Manrique estaba patas arriba por aquel asunto del Metroplus.

Calles desconfiguradas, bares convertidos en panaderías y carnicerías, graneros y tiendas del ayer transformadas en mecatiaderos y café internet, rostros nuevos pero lejanos. Nos cambiaron el barrio, me dije; a pesar de ver de frente la Casa Gardelia, ese pedacito de museo que no canta ni suena por fuera, y que sus sollozos de bandoneón están muy ocultos en un rincón del viejo caserón.

Nos salvó Doña Eumelia, la famosa Tata, que con sus casi noventa años y una lucidez peregrina, nos condujo por los senderos insospechados del pasado, relatándonos la porción del tiempo que no pudimos vivir juntos en la barriada. Tras varios aguapanelazos, un chocolate parviao y una tazada de café negro, nos enteramos de la muerte de Don José María, o Gardelino, y de la herencia de sus bienes. Lo del sombrero ni lo mencionamos porque ella no creía en pendejadas.

Pero seguimos la pista tres calles más abajo donde Doña Chava, la presunta heredera de Gardelino, quien ya octogenaria tenía la curiosa costumbre de fumar como las lavanderas de antaño, con el tabaco al revés, la llama dentro de la boca. Tras otros aguapanelazos y sopesando con cuidado nuestra curiosidad, le indagamos sobre el difunto Gardelino. Sí, le había dejado sus pocas pertenencias. Apreciaba la vieja máquina de coser Singer que tanto le había servido para terminar sus días como modista y la radiola en donde escuchaba los domingos

a Margarita Cueto. Los discos, vea mijo que no quiero venderlos ni a ese señor de la casa museo ni a ningún cantinero de los que quedan. De pronto los quiebran y es como si me quebraran el alma... Ah, Y no quedó por ahí un sombrero así como el de esta foto de Gardel que tiene aquí en la sala junto al cuadro del Corazón de Jesús.

Pues verá que les voy a ser muy sincera, ya que vienen recomendados por Doña Eumelia. Sombrero o sombrero es éste que lució Don José toda la vida y ahí lo ven colgado al lado del comedor. Si quieren ver el de Gardel pasen al cuarto de atrás junto al altarcito de la Virgen del Carmen.

Muy entusiasmados nos encaminamos al cuarto trasero en compañía de Doña Eumelia.

En medio de dos veladoras resplandecía la imagen de la Virgen del Carmen y, al lado, dos cajitas de plata enchapadas en nácar. Y por ningún lado el anhelado sombrero. Doña Eumelia, entonces... Entonces miren acá, la primera cajita son las cenizas de Gardelino y la segunda las cenizas del sombrero de Gardel.

Desalojo

Por: Auria Plaza Moreno

Biblioteca del Municipio de Armenia

—Señor Juez, la casa la hizo mi padre con sus manos, ladrillo por ladrillo. En ella nací yo, nació mi hija y nacieron mis nietos. Murieron mis padres y moriré yo.

—Señora, usted tiene que irse, no es suya. Su padre la construyó invadiendo un predio que tenía dueño.

—Señor Juez, mi padrino siempre ha dicho que don Genaro les dio permiso de hacer las dos casitas.

—Señora, don Genaro ya no existe y sus herederos reclaman lo que por derecho les corresponde. Tiene un mes para desocupar.

—Es mi casa, la de mi padre albañil que me enseñó a tapar goteras, a resanar paredes, a cuidarla, a quererla, y la tengo que dejar. ..

—Tiene que irse... no es suya... su padre invadió..

Esas palabras machacan mi cabeza día y noche. ¿Cómo entender que mi casa, la que pinto cada dos años, la de las cortinas de crochet, hechas por mí, que hacen juego con el mantel, la de los tiestos de geranios y azaleas en el patio, donde juegan mis dos chiquitos, la tengo que abandonar?

El día, en que se llevaron a mi padrino para un ancianato, fue un

circo. Entre funcionarios, policías y curiosos estaba yo, con el corazón destrozado, diciéndole adiós; mis nietos se le agarraban a las piernas llorando, gritando. Los arranqué como pude y me encerré en mi casa. Antes oí que me dijeron:

—Sólo falta usted.

El golpe del martillo, cuando estaban claveteando las placas de madera en las puertas y ventanas, se multiplicaba en mi piel, en mis huesos.

La casita de él estaba al lado de la mía. Las habían construido los dos compadres, en un terreno de don Genaro, cuando estaban empezando familia. Recuerdo cuando nos contaba que su compadre fue el de la idea y, como llevaban tiempo trabajando con él, los apreciaba mucho; por eso les dijo que podían construir en ese lote de su propiedad. Estaba en las afueras de la ciudad, pero a ellos nos les importaba. Ladrillo a ladrillo las levantaron, una para cada familia. Con el tiempo la ciudad creció y se crearon barrios alrededor, pero las casitas permanecieron.

Alejar a mis nietos de sus amigos, de su escuela. Yo no conozco otro mundo que mi barrio. Cuando murió mi hija convertí la sala en una tienda. Vendo ahora de todo para poder quedarme en casa y cuidar a mis pequeños.

A fin de mes llegarán a hacer cumplir la orden de desalojo. Si no he desocupado para entonces, pondrán todas las cosas en la calle y a los niños se los llevará Bienestar Familiar. Así de sencillo... les importa una mierda la familia. La casa se convertirá en escombros, mi vida y

la de mis nietos serán destruidas.

Faltan dos días. Ya nos cortaron la luz. Mañana serán el agua y el gas. La casa está ordenada y limpia. Mis angelitos están durmiendo. Me sentaré en la mecedora, donde solía leerles cuentos, a velar su sueño. Ya abrí las llaves del gas.

El día de los finos
Por: Gustavo Valencia García
Biblioteca de Comfenalco

Al abuelo, un fino.

Claro que el Giro no era el gallo favorito para esa pelea con el Saraviado. Este era uno de los mejores ejemplares de la cuerda de don Alcides Guerrero, gamonal quita y pone en la comarca, afamado jugador y pésimo perdedor, en particular con los gallos, su pasión más notoria aunque no la única. La otra, las mujeres. El Giro era propiedad de Alejandro García, joven con arrestos y de empuje, recién venido al pueblo, hijo de un hombre pobre y honesto, quien no aceptaba de buen grado la inclinación de su hijo mayor hacia las riñas de gallos.

A pesar del favoritismo en las apuestas, el ambiente esa tarde de julio estaba pesado y con un caldeado especial, pues casi todos los presentes en el pequeño palenque sabían que, además de la pelea de los gallos, podía gestarse un encuentro quizás más violento: era conocido el continuo asedio de don Alcides a María Antonia, la bella hermana de Alejandro, a pesar de las tímidas solicitudes de su padre, para que dejara en paz a su hija. Agravó la situación con las palabras pronunciadas en el café del “mosco” cuando el sábado anterior, al calor de unos aguardientes, dijo: “esa hembra tiene que ser mía”. Su posición

de hombre respetado y apreciado en la región se debía, entre otras razones, a que don Alcides no sólo tenía vicios y flaquezas, además era un hombre generoso y siempre dispuesto a ayudar a quienes lo necesitaban. Por eso mereció reconocimientos políticos y también por eso contaba con amigos influyentes en la capital. Su fortuna era el resultado de una vida luchada con tesón y con esa natural habilidad para los negocios; con su disposición especial para relacionarse y para captar esos fulgores que otorga la vida, los cuales, si no se toman, pasan y nada pasa. Pero en él no pasaron inadvertidos. Sin duda, su solvencia económica fue el producto de sus logros y por ello era notorio el volumen de su crecido ego. A sus sesenta años creía merecer una tranquilidad que él mismo no buscaba... desde la temprana muerte de su mujer y de su hijo en aquel absurdo accidente, hacía diez años, su vida afectiva se tornó errática e inestable, aun cuando, de manera paradójica, en ese lapso sus negocios prosperaron y su capital se incrementó de modo importante.

Alejandro García evocó, ese caluroso día de julio, mientras preparaba su gallo para la pelea, varios pasajes de su vida difícil, de sus ansias y frustraciones, de los años de su primera juventud cuando debía conformarse con deambular por las callejas polvorientas de los distintos pueblos donde la pobreza los tiraba, a él y a su familia. De esas épocas míseras quedaban los recuerdos amargos de las obligadas vigiliias y otros gratos como los de aquellas horas de ocio o de largas caminatas con los muchachos de su edad, aun cuando era ocurrente dejar una uña del pie en algún guijarro de los senderos y agrestes

riscos que frecuentaban. Esta última remembranza le acudió cuando calzaba el Giro con unas espuelas de carey, livianas y finas, que más bien parecían agudos puñales prestos a herir en busca de la muerte. Alejandro sabía que su gallo estaba bien preparado para enfrentar el combate y también sabía que su suerte estaba echada, pues si ganaba, ese animalito le entregaría el dinero suficiente para realizar el deseo de casarse con Juana, la mujer de sus sueños. Las apuestas cinco a uno en contra de su desconocido gallo, podían representarle unos doscientos cincuenta reales, suma que le bastaría para iniciar una nueva vida. Su brioso alazán dejaría las pesebreras alquiladas y pastaría libre en el fundo que podría comprarse.

Era ensordecidora la gritería que ocasionaba el cúmulo de apuestas que se cruzaban y cantaban; con ello los jugadores vitoreaban el presagio triunfador del gallo de sus preferencias. El consumo de aguardiente contribuía a mantener los ánimos exaltados y el de tabaco aportaba su cuota pestilente en el ambiente contaminado. Un propio de don Alcides manipulaba al Saraviado, mientras que el mismo Alejandro se encargó de llevar su Giro. El juez, un hombre entrado en años y con rara reputación de honestidad en el difícil medio, era el responsable de servir de fiel durante el desarrollo del desafío. La arena se encontraba dispuesta y, en ella, la raya estaba claramente definida. A una orden suya se inició el encuentro con esos careos con los gallos todavía cogidos, previa y rigurosa inspección a su estado físico y en especial a las calzadas espuelas, a fin de impedir en ellas la utilización de venenos u otras sustancias con poder de otorgar ventajas indebidas.

Cuando consideró que los escarceos lograron el cometido de animarlos y disponerlos para la pelea, ordenó soltarlos en el sitio reglamentario de la arena, en extremos opuestos de la raya.

Desde el principio se notó que el combate sería parejo. La buena raza de los gallos se hizo evidente. Así lo demostraron los primeros revuelos y la ferocidad recíproca con picotazos y, a manera de prueba a las espuelas, los iniciales tanteos con éstas. Momentos después, ambos animales presentaron en sus cabezas, en sus muslos y en las demás partes rasuradas las primeras heridas y al parecer, la sangre aumentó la tensión contagiosa y casi febril de apostadores y asistentes. Don Alcides parecía calmado, pero sólo él sabía de las expectativas angustiosas que esos minutos le provocaban. No obstante los anhelos concebidos y las esperanzas cifradas en el resultado de la contienda, Alejandro se encontraba confiado y absorto en el desempeño del Giro. De pronto, un picotazo certero y contundente del Saraviado, arrancó el ojo derecho del Giro, pero tal era su fina clase que en lugar de resentirse y bajar el ritmo de su fiereza, con mayores ímpetus prosiguió el combate y se hizo más notoria su agresividad, pues aumentó la frecuencia de sus revuelos y en todos lanzaba sus patas, en busca del espolnazo mortal ¡Y ocurrió!... de forma limpia la espuela izquierda penetró la yugular del Saraviado y de inmediato brotó un manantial incontenible de sangre y, herido de muerte, cayó en la arena. El Giro se arrojó contra el gallo moribundo y persistía en su ataque. Al final, con su pata derecha encima de la agonizante cabeza, entonó su sonoro y nítido canto de victoria. Estremecido por el espectáculo que presen-

ciaba y preso de una furia enfermiza, don Alcides se levantó a tiempo que desenfundaba su revólver para apuntar al gallo vencedor, mas no le alcanzó la vida para liquidarlo; afectado por la conmoción, cayó víctima de un fulminante infarto del corazón.

Todo se volvió confusión en la gallera. Alejandro levantó el Giro y, previo lavado con aguardiente, curó y taponó su cuenca orbital, mientras recibía expresiones de felicitación de algunas personas, de las mismas quienes apostaron a su favor. Obtuvo trescientos cincuenta reales como producto de su apuesta y de la participación en otras y se dirigió, con el gallo en sus manos, hacia la casa de Juana a ratificarle su palabra de matrimonio. Ahora María Antonia podía estar tranquila.